

Perfil de Jesús Ávila Ávila

Archivista e historiador mexicano



Emilio Machuca Vega
(Coordinador)

Colección Memoria del Noreste No. 11

Perfil de Jesús Ávila Ávila

Archivista e historiador mexicano



Emilio Machuca Vega
Coordinador

Perfil de Jesús Ávila Ávila

Archivista e historiador mexicano

Perfil de Jesús Ávila Ávila

Archivista e historiador mexicano

Emilio Machuca Vega
Coordinador

Monterrey, Nuevo León, México

Colección Memoria del Noreste No. 11

Santos Guzmán López
Rector

Juan Paura García
Secretario General

Celso José Garza Acuña
Secretario de Extensión y Cultura

Humberto Salazar Herrera
Director de Historia y Humanidades

César Morado Macías
Coordinador del Centro de Estudios Humanísticos

928

M151p

Machuca Vega, Emilio

Perfil de Jesús Ávila Ávila. Archivista e historiador mexicano / Emilio Machuca Vega. Monterrey, N.L.: Centro de Estudios Humanísticos, UANL, 2021.

187p. (Colección Cuadernos del CEH Núm. 11)

1. Biografía – Jesús Ávila Ávila 2. Jesús Ávila Ávila – Reflexiones y comentarios

©Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad Autónoma de Nuevo León

ISBN 978-607-27-1653-7

Centro de Estudios Humanísticos. Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, Av. Alfonso Reyes No. 4000 Nte. Col. Regina, C.P. 64290, Monterrey, Nuevo León, México. www.ceh.uanl.mx.

Derechos reservados. Se permite la reproducción parcial para fines académicos citando la fuente.

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México.

ÍNDICE

Presentación.....	7
1. El legado	11
El legado historiográfico de Jesús Ávila / <i>César Morado Macías</i>	11
Jesús Ávila: el arconte filantrópico / <i>Jaime Sánchez-Macedo</i>	17
Jesús Ávila, un obrero de la memoria / <i>Lylia Palacios Hernández</i>	19
Jesús Ávila y su influencia en el Archivo Histórico de Fundidora / <i>Alberto Casillas Hernández</i>	24
Ávila: lucha sutil y efectiva / <i>Camilo Contreras Delgado</i>	26
Jesús Ávila: investigador del siglo XX / <i>Emilio Machuca Vega</i>	28
2. Recuerdo.....	35
El último lipán, el origen de su tribu / <i>Lucy González Urbano</i>	35
Para Jesús... amigo de voz baja y de risa fácil / <i>Martha Rodríguez García</i>	45

Jesús Ávila Ávila, un amigo de Monterrey / <i>Lucas Martínez Sánchez</i>	50
Entre la jara y el archivo. Trabajo y recuerdos de Jesús Ávila desde un alumno / <i>José Eugenio Lazo Freymann</i>	57
Homenaje a Jesús Ávila / <i>Joaquín Rivaya-Martínez</i>	59
Jesús Ávila. Sembrador de amistades / <i>Juan Ramón Garza Guajardo</i>	62
A Jesús Ávila Ávila, in memoriam / <i>Arturo Gálvez</i>	66
“Un gran legado está en nuestros corazones...” / <i>Juana Margarita Domínguez Martínez</i>	70
Jesús Ávila: guía del archivo, compañero de historia, asador de carne / <i>Michael Snodgrass</i>	72
Jesús Ávila en la Casa de la Memoria Nuevoleonesa / <i>Héctor Jaime Treviño Villarreal</i>	75
Con leña de mezquite / <i>César Morado Macías</i>	78
Después de vivir en rojo / <i>Jesús Ávila Ávila</i>	84

3. Memoria

Descubrirán investigadores a Naranjo en 333 documentos / <i>Mario Núñez</i>	91
Jesús: en el jardín idóneo / <i>Daniel de la Fuente</i>	93

Cultiva desde hace 30 años recuperación de archivos / <i>Gustavo Mendoza Lemus</i>	95
Jesús Ávila Ávila. Archivista e historiador / <i>Edmundo Derbez García</i>	97
Alistan congreso por los 30 años del cierre de Fundidora / <i>Gustavo Mendoza Lemus</i>	110
Muere guardián del Archivo estatal / <i>Daniel de la Fuente</i>	111
Fallece el archivista e investigador Jesús Ávila / <i>Gustavo Mendoza Lemus</i>	114
Deja legado en la historia / <i>Daniel de la Fuente</i>	116
4. Anexo fotográfico	119

Introducción

Muchos alabarán su inteligencia y no la olvidarán jamás. Su recuerdo no se borrará, y su nombre vivirá por todas las edades.

Eclesiástico 39:9.

Ponderar la trascendencia de la vida y obra historiográfica de Jesús Ávila Ávila (1955-2021) no es labor fácil, toda vez que el referido estudioso transitó por diversas facetas, abordó los más variados temas, y publicó una gran cantidad de libros, artículos y ensayos. Universitario, activista social, investigador, archivista e historiador, Ávila fue uno de los intelectuales más conocidos y reconocidos de Nuevo León, respetado ampliamente tanto por sus pares, como por el público no especializado.

Por esta razón, su inesperado fallecimiento (acaecido el 8 de enero de 2021) dejó un profundo vacío, un reputado sitio imposible de ser remplazado. Nacido en Zacatecas el 23 de marzo de 1955, su vida se encontraba inexorablemente ligada a la del Archivo General del Estado de Nuevo León (AGENL), institución en la que laboró por más de tres décadas, rescatando, clasificando y catalogando testimonios documentales, e indagando sobre temas políticos y sociales de los siglos XIX y XX. Así pues, no había usuario del AGENL que no lo conociera, o que no hubiera recibido de él orientación y consejo.

De igual modo, Ávila apoyó las iniciativas investigativas de los jóvenes historiadores que daban sus primeros pasos en el ámbito de la ciencia histórica,

llegando a ser sinodal de algunos de ellos. En pocas palabras, Ávila se convirtió en un referente para quienes lo admiramos y aspirábamos a imitar su trayectoria.

Tras su partida física, no han faltado los actos en honor de nuestro amigo ausente. En la sesión solemne de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística (SNHGE) del 16 de enero de 2021, se guardó un minuto de silencio, y el doctor César Morado Macías pronunció un discurso, valorando las aportaciones de Ávila a la historiografía regional. Posteriormente, el 25 de marzo de 2021 se verificó un homenaje, organizado por la Asociación Noreste de Archivos, la SNHGE, el Archivo General del Estado de Nuevo León, y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Por otro lado, conscientes de que la verdadera muerte reside en el olvido, un grupo de colegas, amigos y discípulos suyos hemos decidido dedicarle algunas líneas, para “que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de sus hechos públicos”, tal y como lo escribiera Heródoto. El propósito de este volumen consiste en presentar nuestro respeto póstumo hacia un hombre que fue bueno, honorable y servicial, sencillo y recio como el noreste mismo.

La obra se divide en tres secciones. El primer apartado consiste en una serie de reflexiones, comentarios y opiniones en torno a la trayectoria intelectual de Ávila, que reconocen y honran su legado historiográfico, archivístico y cultural. El segundo apartado incluye remembranzas y testimonios, escritos por sus amigos más cercanos, y que ponen de relieve su personalidad, carácter, brío y espíritu humanístico. La última parte reúne notas

periodísticas, reportajes y entrevistas, que documentan su quehacer en el ámbito regional. Un anexo fotográfico complementa y enriquece la compilación.

Sirva pues el presente tomo como un modesto pero merecido homenaje a Jesús Ávila Ávila, pilar del rescate archivístico regional, historiador arquetípico del noreste... por siempre, el último de los lipanes.

Emilio Machuca Vega

1. LEGADO

El legado historiográfico de Jesús Ávila

César Morado Macías¹

Creo que podemos agrupar en cuatro grandes áreas temáticas su producción. La primera de ellas tiene que ver con su tarea de archivista. Si lo que distingue a un archivista genuino es la catalogación de documentos para compartirlos con los colegas, Ávila cumplió cabalmente con ello.

Para difundir los fondos del Archivo en que trabajó 37 años escribió un catálogo sobre el *Archivo Privado de Francisco Naranjo*,² otro sobre el Fondo Eugenio del Hoyo al que tituló: *Amante del desierto*.³ Uno más en dos volúmenes sobre la Correspondencia del gobernador de Nuevo León con el Ministerio de Guerra y Marina.⁴ Dos tomos de la serie *La educación en Nuevo León*⁵ que incluyen el contenido

¹ Texto leído en la sesión solemne de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A.C., del 16 de enero del 2020, con motivo del deceso de Jesús Ávila (ocurrido el 8 de enero del 2021).

² Ávila Ávila, Jesús (1992). *Catálogo del Archivo Francisco Naranjo*. Monterrey: Gobierno de Nuevo León, 45p.

³ Ávila Ávila, Jesús (1993). *Eugenio del Hoyo. Amante del Desierto. (1914-1989)*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León, 118p.

⁴ Ávila Ávila, Jesús (1990). *Correspondencia de Nuevo León con la Secretaría de Guerra y Marina*. Volumen 1 (1823-1864) y 2 (1864-1944). Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León.

⁵ Ávila Ávila, Jesús e Ismael Vidales Delgado (2008). *La educación en Nuevo León*. Volumen 1 (1825-1850) y 2 (1850-1883). Monterrey: Coedición de Cecytc y Caecip, 87 y 249 páginas respectivamente.

educativo del Fondo Memorias de gobierno, pero sin duda el trabajo más conocido es: *Papeles que hablan de la guerra. Nuevo León 1835-1848*, que constituye un *Catálogo de fuentes Documentales, Hemerográficas y Bibliográficas* sobre este fenómeno político.

Para realizarlo fue preciso catalogar documentos en 10 archivos históricos de Nuevo León y trabajar duro para que salieran 3 tomos que fue publicado por la UANL y la Universidad de Texas en Brownsville durante el año 2009.⁶ Reúne 2500 fichas resumidas en 1200 páginas del catálogo; cuenta con su respectivo índice onomástico, geográfico y temático. Todos estos catálogos de Jesús Ávila son oro molido para los historiadores, que atesoran las bibliotecas norteamericanas y que en un futuro cercano estarán disponibles en la Base de datos del Archivo de Nuevo León junto a las imágenes de los documentos descritos para ser consultados desde nuestras casas en forma remota.

Los trabajos propiamente de historia regional giran en torno a tres temas que siempre le preocuparon a Jesús Ávila. El primero fue la revolución mexicana. El primer libro que redactó apareció en el número 29 de la Colección Cuadernos del Archivo bajo el título *A cada cual lo suyo*.⁷ Consistió en un primer acercamiento a la historia de la junta local de conciliación y arbitraje en el estado Nuevo

⁶ Ávila Ávila, Jesús, Leticia Martínez Cárdenas y César Morado Macías (2009). *Papeles que hablan de la guerra. Nuevo León 1835-1848. Catálogo de fuentes Documentales, Hemerográficas y Bibliográficas sobre lo ocurrido en Nuevo León durante la Guerra México-Estados Unidos*. Volúmenes 1, 2 y 3. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, Universidad de Texas en Brownsville, 1215p.

⁷ Ávila Ávila, Jesús (1988). *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León, 85p.

León temas de que publicaría posteriormente otros trabajos y que era parte de su filosofía de vida: a cada cual lo suyo.

El segundo trabajo en esta línea en que participo fue el *Diccionario histórico y biográfico de la revolución mexicana* publicado en ocho volúmenes por la Secretaría de gobernación a partir de 1990.⁸ El tomo V incluye a Nuevo León, producto de un equipo coordinado por Leticia Martínez del que formó parte Jesús Ávila. El diccionario ofrece información sobre el periodo comprendido entre 1890 y 1920, incluye: biografías, acciones de guerra, partidos políticos, publicaciones, convenciones, congresos, manifiestos, cantos populares y corridos que tanto le apasionaban. El diccionario fue publicado con un tiraje 5000 ejemplares tanto en pasta dura como en rústica. Urge una reedición actualizada de este libro ya agotado desde hace tiempo.

Un tercer trabajo de temática revolucionaria tiene que ver con su querido Lampazos del que investigó el impacto de la revolución en el tomo 2 del libro “*Apuntes para la historia de Lampazos*” donde redactó dos ensayos, pero el que más disfruto fue *Lampazos en la revolución 1910-1920*, libro publicado como marco de la apertura del Museo de Lampazos allá por los años noventa del pasado milenio.⁹ Pretexto para muchas incursiones no aptas para

⁸ Ávila Ávila, Jesús (coautor) (1990). *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*. Tomo V. México: INEHRM. Lo relativo a Nuevo León se encuentra entre las páginas 22 y 309.

⁹ Ávila Ávila, Jesús, Leticia Martínez Cárdenas, César Morado Macías y Héctor Jaime Treviño Villarreal (2003). *Apuntes para la Historia de Lampazos de Naranjo, Nuevo León*. Volúmenes 1 y 2. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León. Ávila redactó dos capítulos. En el tomo 1: *Lampazos entre la insurrección y el desafío continuo (1810-1820)*, pp. 135-249; y en el tomo 2: *Lampazos en la Revolución (1910-1920)*, pp.229-299.

ser descritas en esta sesión solemne. Más adelante, siguiendo con esta línea de trabajo de rastrear a los trabajadores, sindicatos y formas en que se organizan participó como coautor en un libro alusivo al 80 aniversario de la Federación de Sindicatos Autónomos de Nuevo León en el año 2016.¹⁰

Una segunda línea de trabajo fueron los aspectos sociales del siglo XIX a escala regional. Aquí, se sitúa el libro *La Guerra México-Estados Unidos. Su impacto en Nuevo León, 1835-1848* libro publicado por el senado la república en el año 2003.¹¹ En dicho libro se abordan los aspectos políticos, militares, económicos y finalmente los sociales redactados por Jesús Ávila bajo el subtítulo “*Entre la jara del salvaje y el rifle del extranjero*” donde, basándose en documentos de archivo rescata la historia social de los pequeños personajes -subalternos dicen ahora- que no son parte del gran teatro de la historia y que sin embargo merecen un lugar dentro de esta.

Otro trabajo significativo fue el libro *Juan Nepomuceno de la Garza y Evia. Patriota ilustre* publicado en 2016 por la Fundación Garza Evia y asociados. En este texto colectivo correspondió a Jesús Ávila profundizar sobre la participación política de este destacado liberal nuevoleonés del siglo XIX al que Ávila subtuló “*Juan Nepomuceno de la Garza Evia: Un hombre de leyes en tiempos de armas*” donde trazo el perfil de este singular

¹⁰ Ávila Ávila, Jesús, Juan Ramón Garza Guajardo y Genaro Leal Cavazos (coord.) (2018). *80 años del sindicalismo autónomo en México (1936-2016)*. Monterrey: Federación de Trabajadores de Sindicatos Autónomos, p.189.

¹¹ Ávila Ávila, Jesús, Leticia Martínez Cárdenas y César Morado Macías (2003). *La guerra México-Estados Unidos. Su impacto en Nuevo León, 1835-1848*. México: Senado de la República.

abogado nuevoleonés, gobernador y promotor de lo que hoy se llama cultura de la legalidad.¹²

Otro trabajo significativo fue el realizado en torno la figura de Santiago Vidaurri dando origen a un libro que se llama *Santiago Vidaurri la formación de un liderazgo regional desde Monterrey* publicado por la Universidad de Nuevo León en el año 2012.¹³ Le correspondió redactar el apartado titulado “*En el reino de Catujanes*” donde recrea el medio ambiente físico que ha hecho posible la emergencia del personaje, es decir le otorgaba un singular peso al paisaje en el desarrollo de los acontecimientos.

Un cuarto trabajo. Cuando realizamos la obra colectiva *Los Municipios de Nuevo León* en 4 tomos, Jesús Ávila investigó el perfil de Ciénega de Flores y se publicó en el tomo 1 de dicha obra en que participan mucho de ustedes.¹⁴ Finalmente, en esta misma línea le interesó el significado del magnífico palacio de gobierno, magna obra civil decimonónica y publicó un libro alusivo.¹⁵

Una tercera línea de investigación tiene que ver con de publicaciones que pueden escribirse dentro de la *historia de la educación* y entre las que destaca un libro conmemorativo publicado en 2014 a los *60 años de la Facultad de*

¹² Ávila Ávila, Jesús (2016). “Juan Nepomuceno de la Garza Evia: Un hombre de leyes en tiempos de armas” en: *Juan Nepomuceno de la Garza y Evia. Patriota ilustre*. Monterrey: Fundación De la Garza Evia, pp. 129-147.

¹³ Ávila Ávila, Jesús, Leticia Martínez Cárdenas y César Morado Macías (2012). *Santiago Vidaurri. La formación de un liderazgo regional desde Monterrey, 1809-1867*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.

¹⁴ Ávila Ávila, Jesús (2010). *Ciénega de Flores. Patrimonio gastronómico regional*. Monterrey: Editorial Milenio, tomo 1, pp. 306-332.

¹⁵ Ávila Ávila, Jesús (1994). *Palacio de Gobierno. Símbolo de progreso y disputa por su posesión*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, p. 55.

Agronomía de la UANL¹⁶ en la que tuvo su primer empleo. Al año siguiente en 2015 fue coautor de otro libro en este caso alusivo a los *60 años de historia de la Preparatoria número 2 de la UANL*¹⁷ y en el año 2017 redactó *Con el orgullo de ser preparatoria 8* alusivo al 50 aniversario de esta combativa preparatoria universitaria.¹⁸

También forma parte de esta línea de historia de la educación el ensayo que forma parte del Tomo 2 del libro *Una Historia con Futuro 85 años de la UANL*. Ávila redactó el capítulo 7 que título: *De la expansión a la diversificación, 1973-1985'* y que subtítulo en forma sugestiva: *de los kellogs boys a la Bata blanca*.¹⁹

El trabajo más reciente que alcanzó a publicarse es el libro *Apodaca cuatro siglos de historia 1584-2020* en coautoría con Emilio Machuca y el que suscribe.²⁰ Publicado en 2019 por Editorial Milenio en este libro redacta el capítulo titulado: *Apodaca, la transición de la vida rural a la ciudad industrial*, libro realizado a invitación de nuestro con-socio Héctor Morales. Solo hemos considerado catálogos, libros y capítulos de libros. No artículos, ni obras menores. Sumas un total de 20 trabajos, el legado de Jesús Ávila como historiador. Descanse en paz el último de los lipanes.

¹⁶ Ávila Ávila, Jesús (2014). *Facultad de Agronomía: 60 años de historia*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 159 pp.

¹⁷ Ávila Ávila, Jesús (2017). *60 Años de Historia. La Prepa número 2 de la UANL*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 200 pp.

¹⁸ Ávila Ávila, Jesús (2017). *Con el orgullo de ser preparatoria 8. Primeros 50 años (1967-2017). ¡Continuamos haciendo historia!* Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, 337 pp.

¹⁹ Ávila Ávila, Jesús (2018). "De la expansión a la diversificación, 1973-1985", en: César Morado Macías (coord.) *Una Historia con futuro. 85 años de la UANL*. Tomo 2. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León, pp. 85-127.

²⁰ Ávila Ávila, Jesús, Emilio Machuca Vega y César Morado Macías (2020). *Apodaca, cuatro siglos de historia 1584-2020*. Monterrey: Editorial Milenio, 215pp.

Jesús Ávila: el arconte filantrópico

Jaime Sánchez-Macedo

Los arcontes son ante todo los guardianes del archivo. No sólo aseguran la seguridad física del depósito y del soporte sino que también se les concede el derecho y la competencia hermenéuticos.

J. Derrida, Mal de archivo

En el desarrollo del trabajo de archivo es común la construcción de algún tipo de relación entre el archivista y el historiador; sin embargo, ésta no resulta ser siempre cordial y amistosa. Al contrario de lo superfluo que tal consideración pueda parecer, de la voluntad del archivista depende mucho del éxito del historiador. Antes que en la normativa, en gran medida la posibilidad de acceso a los documentos continúa sujeta al criterio de los trabajadores del archivo que deciden quién sí y quién no tiene derecho a los indicios del pasado. Es por ello que, a pesar del menosprecio que pueda haber en la función pública hacia los archivistas, su relevancia no será nunca menor ya que son los principales custodios de la memoria del Estado.

Lamentablemente entre historiadores circulan más las anécdotas de desavenencias con los encargados de los archivos que vuelven más engorroso el proceso de investigación, haciéndonos víctimas desprevenidas de sus filias y fobias. En la contraparte, suelen pasar desapercibidos los buenos ejemplos y experiencias positivas de quienes ejercen su oficio como guardianes de los acervos documentales con una admirable vocación. De ahí la importancia de rememorar y ensalzar la trayectoria de Jesús Ávila Ávila, incansable colega archivista del

Archivo General del Estado de Nuevo León (AGENL) durante más de 30 años.

Como novel profesional de la historia uno arriba al local del archivo no sin cierta desorientación sobre dónde y cómo buscar la información que necesita. Para fortuna del gremio nuevoleonés era bien sabido que en los húmedos bajos de la Macroplaza, a la cabeza de la sección contemporánea del AGENL, uno podía solicitar el consejo de un arconte filantrópico por todos querido, “Chuy” Ávila, quien con afable paciencia prestaba oídos a los propósitos de las pesquisas y otras confidencias de los consultantes. Su ayuda era siempre un hilo del cual tirar para el desarrollo de la investigación. De manera que, el legado de Jesús Ávila se refleja no sólo en su propia obra historiográfica o en los indicadores sobre la gestión del archivo, sino también en el gran número de investigaciones que se hicieron con su invaluable apoyo.

Este legado fue posible gracias a que, a mi entender, Jesús Ávila tuvo claro que un archivo es un archivo sólo en la medida que es consultado por las personas interesadas en la información que contienen sus documentos. De ahí su constante preocupación de brindar algún indicio a los visitantes que pasaban por ahí más allá de los habituales instrumentos de consulta.

La región noreste de México, como otras partes del país, ha visto un muy tardío proceso de consolidación y mejoramiento de los archivos públicos por motivos que en un momento dado valdría la pena analizar. Aunque en algunos aspectos se han dado pasos agigantados, las determinaciones institucionales y flamantes normativas no deben opacar la obra de archivistas como Jesús Ávila, quien tras bambalinas se mantuvo al pie del cañón en una

batalla constante por los recursos para la adquisición de cada caja de polipropileno, cada anaquel, cada guante, tapabocas y demás enseres necesarios para manejar adecuadamente el patrimonio documental del estado de Nuevo León.

Finalmente, la falta de nuestro arconte filantrópico vuelve necesaria la pregunta sobre el porvenir del AGENL ¿qué pasara ahora que uno de sus guardianes descansa en paz? El acervo que tan esmeradamente y durante tantos años cuidó Jesús Ávila yace sólo y sin sede, y dependerá únicamente de los interesados el honrar la memoria del arconte defendiendo el terreno ganado en sus batallas por la historia.

Jesús Ávila, un obrero de la memoria

Lylia Palacios Hernández

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

“Retrato” de Antonio Machado

No recuerdo cuándo ni en qué momento conocí a Chuy Ávila, y aunque nunca llegamos a cultivar una amistad frecuente, sé que fue una querencia heredada por mi hermano Benjamín, querencias de esas que no cuestionas, que te llegan cuando fluyes entre gente buena y comprometida. A Chuy lo retrata bien Machado.

No fue el escritor de grandes volúmenes, ni fue tras las glorias de la academia. Prefirió esperarnos en el AGENL, decidió crear el ambiente propicio para que todo historiador, con credenciales o no, llegara, preguntara y

encontrara. Trabajó incansablemente con recursos materiales limitados y limitantes, pero siempre su generosidad compensó la tacañez gubernamental.

Quiero destacar, además, que como historiador formado en las lides estudiantiles, Ávila nunca estuvo en medio, su institucionalidad como trabajador no fue óbice para dejar claro de qué lado de la historia estaba. Y esa huella quedó grabada en una pequeña gran obra que, para quienes nos interesa la historia social y particularmente la historia del trabajo, resulta fundamental para comprender la contraparte de la visión romántica sobre la pregonada ‘armonía obrero-patronal’ regiomontana.

En *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación 1906-1924*²¹ Chuy, conocedor profundo de los variados fondos del AGENL, revisó y analizó documentos que tal vez no hubo interés en rescatar en el afán de confirmar la gesta empresarial local. Cuestionándose, para finales del siglo XIX y el despunte del XX: “¿Qué instrumentos legales normaban las relaciones de trabajo?”, periodo que enmarcó el despegue de la industrialización de Monterrey y sobre el cual dice Ávila, “profusamente se han estudiado las causas que motivaron el inusual crecimiento de empresas, comercios y bancos”, enfatizando las leyes fiscales propicias para estimular la inversión privada; así como las leyes de carácter coercitivo que castigaban la “vagancia” o cualquier tipo de “motín” para exigir aumento de salario, los restrictivos y punitivos contratos de trabajo individuales, etcétera. Leyes “que garantizarían la paz laboral y disciplina social, indispensables para la

²¹ Ávila Ávila, Jesús (1988). *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*. Monterrey: Archivo General del Estado de Nuevo León.

producción y reproducción de capitales a gran escala” incorporando incluso, “a aquellos grupos sociales reacios aún al desarrollo del capitalismo.”

Esa “paz laboral” regiomontana, no proviene del aire que en esta ciudad se respira, aunque, por su larga data, muchos así lo crean. Esa larga data tiene que ver con hechos específicos, que gracias a la historiografía crítica que practicó Ávila, podemos conocer. Mediante la revisión de Memorias e Informes de gobernadores, Códigos penales y civiles, Correspondencia diplomática, entre otros, hiló un comportamiento empresarial que evidencia el alto poder económico, la concepción paternalista autoritaria y la arrogancia frente al obrero colectivo que se indisciplina.

De suma relevancia destacan dos casos: el que titula “Bitácora de la huelga de obreros germanos” y el referido a la huelga de obreros minero-metalúrgicos en cuatro grandes empresas de la localidad. El primero, un año entre 1903 y 1904, el segundo, un mes de 1918.

En 1903 se enfrentaron dos fuerza desiguales: los propietarios de la naciente fábrica “Vidrios y Cristales” dirigida por Isaac Garza y Francisco G. Sada, y 43 obreros alemanes contratados para la elaboración artesanal de botellas de vidrio. El detalle de este conflicto colectivo les está esperando en el texto de Ávila, aquí me interesa subrayar el prolijo registro del historiador frente a una lucha de clases: ante el paro obrero demandando cumplimiento del convenio firmado, la absoluta cerrazón patronal a ceder a demandas colectivas; ante la reinstalación decretada por la autoridad, la espera oportuna de la patronal para despedir a estos obreros; ante la solicitud gubernamental para subsidiar el retorno a su país de los obreros despedidos, la negativa patronal a hacerlo como empresa.

Estos patronos esperaron hasta ver derrotados y dispersos a sus contrincantes, para ahora sí contribuir, a título personal, al regreso a Alemania de los ocho obreros que quedaron. El proceder empresarial respondió no a causas económicas o productivas, el despido y el cruzarse de brazos fue una respuesta política a la “incalificable conducta” de estos obreros, que según la gerencia, habían publicado en periódicos europeos artículos desfavorables a la empresa vidriera, suscritos por un “Cuerpo de Vidrieros de Monterrey”²².

Los mineros en 1918. Ese año se instalaron las Juntas de Conciliación, en Monterrey la “estrenaron” los Gremios Unidos contra Fundidora Monterrey, extendiéndose el movimiento por solidaridad entre los trabajadores de otras tres compañías: ASARCO, de Minerales y Metales, y la Minera, Fundidora y Afinadora de Monterrey. El gobernador que calificó el movimiento como “trascendental”, se movilizó con la urgencia patronal que demandaba el tamaño del conflicto, entre las primeras acciones fue identificar y encarcelar a dos miembros de la Casa del Obrero Mundial, señalados como “agitadores de obreros”.

Al mes de parar la producción empresarios y obreros firmaron los respectivos convenios para levantar la huelga. ¿Qué había motivado el paro? Reconocimiento de la organización obrera y representación colectiva, pago de tiempo extra, respetar el domingo como día de descanso, o sea, derechos laborales establecidos en el Artículo 123 contenido en la flamante Constitución de 1917. Dos años

²² Vidrios y Cristales, S.A. cerró en 1904 y reabrió en 1909 como Vidriera Monterrey, S.A. En la historia oficial del grupo Vitro este antecedente no existe.

después, en 1920, los obreros de Fundidora volvieron a parar la producción ante el incumplimiento patronal de lo firmado.

Jesús Ávila mostró, en esta obra de aparente sencillez, la postura del investigador que comprende su contexto histórico y regional, del que cuenta con un bagaje teórico que le permite decidir desde dónde ver y analizar la realidad social. A cada cual lo suyo constituye un aporte de gran valor, que sentó bases historiográficas –sin recurrir a la diatriba ideológica– para estudiar la industrialización de Monterrey como un proceso complejo y conflictivo. Aporta a la vez evidencia documental que muestra la construcción perseverante de la inflexible política patronal contra toda sedición obrera.

Efectivamente, la internalizada “paz laboral” hunde sus raíces no en la ilusoria armonía entre el capital y el trabajo, no en el paternalismo generoso, se remonta a la pelea inquebrantable de la élite empresarial por imponer su autoridad y la disciplina laboral. Aquellos obreros germanos lo atestiguaron desde hace 117 años...

La última vez que conviví con Chuy Ávila fue el domingo 15 de noviembre del 2020. En aquella ocasión fue invitado por los ex obreros de Fundidora Monterrey, para ofrecer unas palabras en el evento anual que conmemora el accidente fatídico del 20 de noviembre de 1971 y del cierre de la fábrica el 9 de mayo de 1986. Allí le escuchamos hablar frente a sus amigos mineros –como Esteban Ovalle, a quien Chuy le rindió merecido homenaje.²³ Ávila no sólo fue estudioso de la historia

²³ El texto leído se reprodujo en el siguiente portal: <https://www.15diario.com/memorial-a-los-martires-de-fundidora-monterrey-jesus-avila.html>.

laboral y sindical de estos trabajadores, fue impulsor decidido para que ellos fueran los expositores directos de su propia historia, a Chuy le debemos que al pensar en patrimonio industrial en Monterrey, los trabajadores ocupen su lugar. Ese fue Jesús Ávila, una persona congruente con sus ideas y sus acciones.

Jesús Ávila y su influencia en el Archivo Histórico de la Fundidora

Alberto Casillas Hernández

Creo que la amistad es una relación afectiva que se establece entre dos o más individuos, a la cual están asociados valores fundamentales como el amor, la lealtad, la solidaridad, la incondicionalidad, la sinceridad y el compromiso, y que se cultiva con el trato asiduo y el interés recíproco a lo largo del tiempo. Jesús Ávila, firme promotor del rescate de archivos, apoyó y defendió el Archivo Histórico de Fundidora, siempre estuvo ahí, para apoyar cada decisión que se tomara en relación a dicho acervo. Sus visitas pastorales, sus consejos acerca del comodato del Fondo Fotográfico a Cineteca, N.L. y sus conversaciones archivísticas hicieron que más que compañerismo, se entablara una amistad con el titular del Archivo de Fundidora, Alberto Casillas Hernández que perduró hasta el día de su muerte.

A Jesús Ávila, en aquel entonces Coordinador de Archivos Contemporáneos del AGENL lo conocí en el año 2002 cuando se realizó la participación del AGENL para la medición en metros lineales del Archivo de Fundidora. A parte de él, conocí al Mtro. Héctor Jaime Treviño

Villarreal y al Dr. Cesar Morado junto con su personal, a quienes aprecio mucho.

De trato amable y persona alegre, Chuy Ávila siempre tenía la puerta de su oficina abierta para aquel que necesitaba un consejo, un apoyo o te escuchaba atento sobre los proyectos que uno le presentaba para después aconsejar la mejor opción. Uno de esos proyectos que fructificó fue la difusión del patrimonio industrial donde colaboramos juntos para invitar a investigadores en torno a la conmemoración del cierre de Fundidora en los meses de mayo hasta que dicho evento fue creciendo gracias al apoyo e interés de otros colegas hasta convertirse en el Congreso Internacional sobre Patrimonio Industrial. De modo que las reuniones en el comité organizador de dicho congreso eran estimuladas por las anécdotas, risas y el café mañanero que Chuy Ávila departía en las reuniones con los compañeros, mientras pasábamos estructurando el siguiente congreso anual de mayo.

De él, aprendí muchos gajes del oficio archivístico, cómo seleccionar de entre todo el universo de documentos, aquellos que eran más valiosos para digitalarlos y ponerlos al alcance de los usuarios e iniciar los trabajos de digitalización de una pequeña parte del Archivo de Fundidora en 2013. Me hizo sentir parte de su equipo de trabajo al convivir con Juan Gregorio García, Agapito Tovar, Óscar Lozano, Lorena Elías Mendoza y María Luisa Suárez. Me invitó a participar en conferencias y reuniones hasta recomendarme ante la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística del cual soy socio de número desde 2013.

Era frecuentes sus llamadas por celular para invitarme a su oficina o él, ir a la mía para platicar con un café o

irnos a almorzar a El Rubio o al Vip`s. Al contestar su llamada siempre escuchaba su voz fuerte y alegre diciendo: “¡Cómo estás Beto Casillas, comandante en jefe de las fuentes documentales del Archivo Fundidora!” Y yo respondía, “¡Un gusto escuchar tu voz Chuy Ávila, gran guerrero lipán, cazador de historias!”

Todas esas experiencias van a estar ahí, guardados en mi memoria y en la de cada uno de nosotros que fuimos privilegiados de contar con la presencia, cariño, consejo, apoyo y lealtad de su persona, siempre atento a lo que se ofreciera y sobre todo, recordarnos a cada uno de nosotros, lo que es querer de verdad.

En memoria de Jesús Ávila Ávila... estimado, amigo, colega y excelente amigo para todos los que lo conocimos.

Ávila: lucha sutil y efectiva

Camilo Contreras Delgado

“Aitamos”, la atinada frase de Jesús para despedirse de una reunión. Las circunstancias apenas me dieron tiempo para conocerlo en ambientes de trabajo. La primera vez que lo vi fue en el Archivo General del Estado cuando ese acervo estuvo ubicado en la calle Juan Ignacio Ramón. Años después Jesús y su equipo debieron salir forzados por daños estructurales del edificio, y, años después ese acervo y quienes lo custodian siguen a la espera de un lugar digno. El patrimonio documental y la historia cultural sirve a la clase política y a los gobernantes para aparentar que saben algo más que lo sucedido en el día anterior. Ninguna de las promesas de construir un lugar adecuado para el Archivo ha sido

cumplida. La ciudad que se presume de vanguardia trae errante su memoria escrita.

Gracias a Alberto Casillas, otro capitán del cuidado de documentos valiosos para la ciudad, en este caso de la extinta Fundidora de Monterrey, pude iniciar una colaboración permanente con Jesús. Nos unió el interés por conocer, difundir y conservar la memoria industrial, específicamente la memoria obrera. Jesús Ávila y Alberto Casillas trajeron junto con algunos ex-trabajadores de Fundidora el espinoso episodio para esta ciudad del cierre de esa gran factoría. Cada año convocaron a recordar y replantear ese traumático hecho en la historia laboral de Monterrey. Espinoso porque de manera injusta y amañada se cargó a los trabajadores la causa del cierre. Los primeros encuentros organizados por ese dúo de historiadores diseminaron en la propia voz de ex-trabajadores una versión seria e informada de las condiciones internacionales y nacionales que llevaron al cierre de Fundidora.

Empujar esas participaciones de los protagonistas fundidores fue un acto político con varias consecuencias desde dar a conocer la ya mencionada versión no oficial, pero más verdadera del cierre; propiciar el regreso de ex-trabajadores a lo que fue su lugar de trabajo y al que se habían rehusado regresar por la forma en que fue aniquilada su fuente de trabajo y un lugar que se convirtió parcialmente en un espectáculo donde no hay cabida a la memoria laboral y que tiene pendiente reconocer que el elefante de acero se levantó sobre sus hombros y muchas muertes por accidentes laborales. Jesús supo colocar ese episodio de manera sutil y efectiva en la reflexión académica y en otros sectores de la sociedad regiomontana.

Esos primeros encuentros se convirtieron en un congreso internacional celebrado cada año y al que nos sumamos personas e instituciones académicas, gubernamentales, sociales y privadas. Diseñar, convocar, publicitar, conseguir apoyos, celebrar el encuentro y una vez concluido realizar un balance son actividades que nos demanda estar en contacto casi todo el año. Gracias a esa exigencia la colaboración con el Archivo General a través de Jesús fue permanente. No es fácil mantener la tranquilidad y hasta la sonrisa en los momentos más complicados e intensos de estas tareas, pero el pausado andar y el buen humor de Jesús hizo y hará más llevadera esa misión. Me bastaron pocos años de conocer a Jesús para entender el sentido de uno de sus dichos: “Aitamos”.

Jesús Ávila: investigador del siglo XX

Emilio Machuca Vega

Ignoramos qué ocurrirá a continuación y cómo será el tercer milenio, pero sabemos con certeza que será el siglo XX el que le habrá dado forma.

Eric Hobsbawm

En el 2015, en una entrevista que concedió para la revista *Memoria Universitaria*, Jesús Ávila manifestó su interés por la historia del siglo XX. Aunque el historiador consideraba que todavía podía investigarse mucho sobre la historia virreinal o sobre la Revolución mexicana, expresó que “mucho más falta por hacer en el siglo XX, sobre todo en la reflexión no sólo política, sino culturalmente, ver en qué medida las rupturas nos han marcado hasta nuestros días”. Esta predilección por la historia reciente se explica

si reparamos en un hecho ampliamente conocido, a saber, que el mismo Ávila vivió de cerca algunos de los acontecimientos más importantes que definieron esa centuria a nivel mundial, nacional y regional.

Nacido en 1955 en Zacatecas, pero avecindado en Monterrey a muy temprana edad, sus estudios primarios estuvieron sumergidos en la atmósfera anticomunista que se atizó tras la Revolución cubana; sus estudios secundarios quedaron marcados por los movimientos sociales de 1968; su educación media superior coincidió con el proceso de autonomía de la Universidad de Nuevo León; mientras que durante sus estudios universitarios participó en la rebelión estudiantil de 1981 en contra del aumento de cuotas escolares.

Ahora bien, desde un punto de vista historiográfico, Ávila corresponde a aquella pléyade de historiadores egresados de la Universidad Autónoma de Nuevo León durante las décadas de 1970 y 1980 y que, bajo el influjo de Mario Cerutti, profundizaron en aspectos económicos y sociales de la historia regional, desde una perspectiva académica. Otros historiadores representativos de esta generación son María Zebadúa Serra, José Reséndiz Balderas, Rocío González Maíz, José Antonio Olvera Sandoval y Nicolás Duarte Ortega. Los grandes tópicos abordados por estos historiadores oscilaban entre la actividad mercantil, los gastos militares, la propiedad privada y la producción industrial en el noreste del país, así como en los conflictos por la tierra y el agua en la región centro-sur de Nuevo León, durante los siglos XIX y XX.

Las obras coordinadas por Cerutti (como *Monterrey, Nuevo León, el noreste. Siete estudios históricos* de 1987, o

Agua, tierra y capital en el noreste de México de 1991), que reunían trabajos de discípulos y colegas suyos, reflejan sin duda estas tendencias. La historia del siglo XX no fue descuidada, como lo demuestra la obra colectiva *Monterrey: siete estudios contemporáneos* (1988), también coordinada por Cerutti, y en la que figuran temas como la metropolización de Monterrey, los flujos migratorios, la estatización del agua y los conflictos sociales en torno a los servicios públicos.

Cierto que Ávila no llegó a participar en ninguna de estas compilaciones, pero es innegable que las conocía, así como a sus autores, por lo que dicho entorno académico influyó en él, tanto a nivel metodológico como temático. Además, su ingreso al Archivo General del Estado de Nuevo León, en 1984, le permitió familiarizarse con los acervos más consultados por los investigadores locales. Muestra de todo lo anterior es su primer libro, publicado en 1988 y titulado *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*, mismo que versó en torno a un tema social evidentemente contemporáneo: las relaciones entre el capital y el trabajo en el Monterrey del primer auge industrial.

Un año antes de su publicación, el 13 de noviembre de 1987, Ávila había presentado ese mismo trabajo ante los miembros de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, A.C. como requisito para pasar a formar parte de dicha asociación. Entonces, los comentarios a su investigación quedaron a cargo del licenciado Genaro Salinas Quiroga.

En los años siguientes, por motivos más bien circunstanciales, Ávila incursionó de lleno en el tema de la Revolución. En 1990, el Instituto Nacional de Estudios

Históricos de la Revolución Mexicana emprendió la edición del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, proyecto monumental que involucró a investigadores e instituciones de todas las entidades del país. En el caso de Nuevo León, la coordinación de la obra quedó a cargo de Leticia Martínez Cárdenas (entonces directora del Archivo General del Estado), y los historiadores que participaron en su elaboración fueron la propia licenciada Martínez Cárdenas, Jesús Ávila Ávila, Héctor Jaime Treviño Villarreal, César Morado Macías y Mario Treviño Villarreal.

El tomo, publicado en 1992, es de obligada consulta para los interesados en la historia de la entidad durante la época aludida y, en cierto sentido, actualiza, complementa y da continuidad a la labor iniciada por el maestro Israel Cavazos Garza con su *Diccionario biográfico de Nuevo León*. Dos años después, en 1994 fue publicada la obra colectiva *Apuntes para la historia de Lampazos de Naranjo, Nuevo León*, en la que Ávila colaboró con dos capítulos: uno dedicado a estudiar la situación de la población durante la guerra de independencia, y otro abocado al análisis del impacto que tuvo la Revolución.

Su producción intelectual posterior revela un nada raro interés por cuestiones del siglo XIX: sus trabajos sobre la guerra entre México y Estados Unidos y sobre la figura de Santiago Vidaurri se cuentan entre sus grandes aportaciones historiográficas. Sin embargo, en el 2013, Ávila publicó la que, en mi opinión, es su obra cumbre sobre el siglo XX: el ensayo “¡En manos libres, siempre libros! La rebelión contra el libro de texto gratuito, 1962”, que apareció en la revista *Actas* de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Decimos que es su obra cumbre no por su extensión (se trata de un artículo de apenas dieciséis páginas) ni por su formato (nunca fue editada como sobretiro), sino por la trascendencia de su objeto de estudio, por la originalidad de sus argumentos y por la pertinencia del enfoque, que se aproxima a la historia social. De principio a fin, la investigación rezuma conocimiento sobre la década de 1960, tanto a nivel mundial como regional; se muestra crítica ante las acciones de la élite local (a la que ni descalifica, ni defiende); y demuestra el interés del autor en conectar los sucesos que analiza con la realidad regiomontana del presente:

Nuestra intención fue procurar reanimar, evocar, reconstruir los hechos en un periodo concreto como reflexión ante los nuevos retos y desafíos que nos impone la construcción de los andamiajes de la sociedad del conocimiento en esta centuria, donde uno de sus pilares es, sin lugar a dudas, nuestro sistema de educación pública. La definición de sus rasgos y perfiles es un asunto que compete y nos compromete a todos como sociedad.²⁴

Ávila siempre sintió predilección y curiosidad intelectual por ese periodo coyuntural del siglo XX, tal y como me lo llegó a expresar en alguna ocasión: “esos maravillosos y complejos años sesenta para mí siempre han ejercido un especial interés y espero nos alcance el tiempo para ocuparnos de esa paradigmática década”.

²⁴ Ávila Ávila, Jesús (2013). “¡En manos libres, siempre libros! La rebelión contra el libro de texto gratuito, 1962”, en: *Actas, revista de historia de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, no. 11, p. 19.

Pues bien, si el libro con el que Ávila inauguró su trayectoria investigativa trató un tema del siglo XX, sus últimas obras también se centraron en fenómenos situados en dicha centuria. En 2016, junto con el profesor Juan Ramón Garza Guajardo, participó en *80 años del sindicalismo autónomo en México, 1936-2016*, obra coordinada por Genaro Leal Cavazos. Dos años después, en 2018, Ávila y quien escribe estas palabras elaboramos el trabajo *55 años del Club Rotario San Nicolás de los Garza, Distrito 4130, 1962-2018*. En este trabajo, Ávila evidenció su gran dominio de la historia oral, pues al tiempo que yo me encargaba de la indagación hemerográfica, él realizó catorce de las dieciséis entrevistas.

Y en 2020, el historiador vio editado su último libro: *Apodaca, cuatro siglos de historia, 1584-2020*, que publicó en coautoría con el doctor César Morado Macías y con quien escribe estas palabras, y que fue auspiciado por el ayuntamiento de dicho municipio. El libro contiene un capítulo elaborado por él, titulado “La transición de la villa rural a la ciudad industrial, 1945-1982”, que estudia las circunstancias que llevaron al municipio de Apodaca, Nuevo León, a pasar de ser una localidad agrícola y ganadera a un importante centro fabril, parte del Área Metropolitana de Monterrey.

El anterior recuento historiográfico permite perfilar a un historiador comprometido con la investigación de los más variados tópicos, toda vez que, en distintos momentos de su trayectoria, estudió asociaciones, personajes y acontecimientos que caracterizaron a la historia contemporánea de Nuevo León. Así, es justo decir que, el 8 de enero del 2021, partió uno de los grandes pioneros y promotores de la investigación del siglo XX en el noreste: Jesús Ávila Ávila.

2. RECUERDO

El último lipán, el origen de su tribu

Lucy González Urbano

Recuérdame. Puedes llorar porque se ha ido, o puedes sonreír porque ha vivido. Puedes cerrar los ojos y rezar para que vuelva, o puedes abrirlos y ver todo lo que ha dejado. Tu corazón puede estar vacío porque no lo puedes ver, o puede estar lleno del amor que compartiste. Puedes llorar, cerrar tu mente, sentir el vacío, o puedes hacer lo que a él le gustaría: sonreír, abrir los ojos, amar y seguir adelante.

David Harkins

Jesús, platico contigo, en voz alta, recordando algunos momentos trascendentales desde que nuestros caminos se cruzaron y se convirtieron en un solo sendero por casi cuarenta años. Tengo en mis manos infinidad de escritos de todas nuestras etapas y es un gozo volver a leerlas, sentirlas disfrutarlas, son parte de nuestra vida de nuestro encuentro y descubrimiento. ¡Cuántas cosas vivimos Amor! ¿Cuántas cosas pasamos? Como la vida misma, con sus mieles y hieles, pero siempre con el sentimiento del uno por el otro en una increíble sinapsis para seguir adelante, aún con nuestros desvíos, que por ser tales, no merecen comentario alguno; sin embargo, ayudaron a crecer, madurar y reafirmar la certeza de nuestra convicción.

La fuerza de la unión y la bendición del amor la sentimos siempre, llegando a la plenitud con el advenimiento de nuestros añorados y deseados hijos, a

quienes tú ya les dedicabas líneas desde 1980: “una de mis ilusiones más humanas es sentir la caricia de un hijo (a) que sea la continuidad del amor que nos profesamos”.

Chuy, ya no somos los mismos que encontraron el amor en su juventud, somos hoy los que han escrito o tejido su historia que da cuenta de lo que hoy somos y tenemos y ¿quiénes somos ahora? Somos jóvenes de corazón que aún tienen sueños, aman, sienten, planean con mesura y menos de prisa, disfrutando lo nuestro sin tapujos, con plena confianza y libertad fiel aliada en nuestra vida, nos prometimos estar el uno junto al otro por amor y convicción y aquí estamos unas décadas después de esa promesa... ¿sabes qué tenemos? Tenemos nuestra tribu, una fortuna que son nuestros hijos creados por amor, siendo la prolongación del mismo y nuestra razón de ser, son las ramas de nuestro árbol de la vida, ¿qué me dices de sus frutos?

Solo quien es abuelo sabe lo indescriptible que es el sentimiento que se alberga cuando los nietos llegan, cuando te dan un beso, son las flores de la vida, pero ¿qué te puedo decir de ello? Si has vuelto a ser niño junto a Ari, juegas con y sus superhéroes, eres admirador absoluto del hombre araña, vuelves a jugar futbol, no te importa rodar por el suelo o en el pasto, pasas tardes enteras en la alberca sin dejar de jugar, lees (o creas) nuevamente cuentos como antaño, y corres con tal de cansarlo, aunque el que cae rendido eres tú y no le dices que estás agotado porque eres su súper Tito. ¿Y nuestro Cielo? Nuestro cielo es Cali, su inesperada llegada nos trajo la plenitud como abuelos, es la niña que deseamos desde siempre. Como bien dices, te has convertido en el juguete predilecto de los nietos.

Entre los escritos sobre los que hoy te platico, me encontré “El primer Quindenio” en el que escribes un esbozo de los primeros quince años de tu vida y unas de las líneas del mismo señala:

sé que mi historia no será motivo de interés de algunos connotados biógrafos e historiadores, si me atrevo a escribir sobre este período de vida es con el propósito de compartirlo con un selecto y exclusivo grupo de potenciales lectores: mi hijo y mis amigos referidos en el mismo.

Tu historia no se limita a este primer quindenio y gran parte de la misma es nuestra, hoy recorreremos solo unos especiales fragmentos de la misma, como la vivimos, sumando los recuerdos de la memoria con las líneas escritas que lo apoyan y que mueven las fibras del corazón. Sigo recordando a tu lado...

El 19 de julio de 1979 el Frente Sandinista de Liberación Nacional entra a Managua Nicaragua. ¡La Revolución Sandinista había triunfado! El júbilo estalló en el pueblo nicaragüense al igual que en infinidad de soñadores, entre ellos Chuy y Lucha González en aquellos años rojos; ese día nació la esperanza de una vida mejor e igualitaria para un pueblo que había sufrido y luchado tanto por su emancipación de un gobierno dictatorial, avaro, explotador y cruel encabezado por Anastasio Somoza de Bayle, títere del Imperio yanqui.

Sin embargo, no sería solo este suceso lo que marcaría nuestras vidas en ese día especial. Con el atardecer se encendía una llama en nuestros corazones, la llama de dos jóvenes que se confesaban su amor y lo sellaban con un beso, ¿en qué lugar se podía dar ese acontecimiento?

¡Nada menos que en la guarida del PC, cita en Calzada Madero y Julián Villarreal! Con el corazón vibrante, el ímpetu a tope y las ganas de tomar al mundo por montera, doblemente felices, tomados de la mano y con apenas las monedas suficientes nos dirigimos a la calle Juárez para abordar un camión ruta 17 (o 18) para asistir a una reunión partidista en casa de Sustaita líder del STUANL.

El noviazgo continuó y en octubre de 1983 te invité a cenar. Llegaste a casa, como era común con unos claveles rojos y una rosa, los recibí y nos fuimos a la cocina a terminar de preparar la cena. De pronto estabas frente a mí, de rodillas y yo con una cuchara sopera en mano y sin más me dijiste: “te amo, eres la mujer de mi vida, mi sueño, mi anhelo, mi convicción, mi vida es tuya, la consagro a ti y me comprometo a amarte por siempre hasta el fin de mi existencia”.

Te aclaro que, si bien la escena está intacta en mi memoria, tus palabras las conservo en el escrito que me diste. Luego me hiciste un gran regalo que no tenía precio, pero valía más que ninguno, llevaba el brillo de tus ojos, la esperanza de una vida en común, la ilusión de la anhelada felicidad, la fortaleza y la confianza mutua, la convicción de lo que se ama y desea. ¡Con toda la carencia económica y habías adquirido un anillo! Fue loable, hermosa y digna acción de tu parte pero no había necesidad de un anillo (ni de hincarse), ni siquiera había necesidad de preguntar si aceptaba convertirme en tu esposa (que ya me habías planteado varias veces, aunque con menos formalidad). Eso era más que sabido, tanto como yo sabía que serías mi esposo.

Ambos nos comprometimos, convencidos de unirnos y de hacer hasta lo imposible para lograrlo, más debíamos

considerar el respeto y la formalidad de estos compromisos en una familia tradicional y guardadora de formas como la mía. Una fecha dichosa que culminamos con una cena y brindis con nuestro vino favorito: *Bacco* (tinto) de los viñedos bajacalifornianos. Ya no somos los mismos de hace 37 años, pero el origen y esencia de lo nuestro permanece, y si me volvieras a preguntar en este momento le robaría estas líneas a Franco de Vita: “Si me dieran a elegir una vez más...te elegiría sin pensarlo...es que no hay nada que pensar...y es que no existe ni motivo ni razón...para dudarlo ni un segundo...”

Ahí estabas tú, en el verano del 85 con tus mejores galas (por supuesto de mezclilla) acompañado de tus hermanos Luis y David en casa de Don Arnulfo González Orozco y María de Jesús Urbano, en Reynosa, Tamaulipas, para hacer la petición de mano de su hija. Para entonces la familia González Urbano estaba convencida de la lealtad y bondad de este zacatecano por nacimiento y nuevoleonés por adopción, quien además había demostrado todo el amor por su hija. La familia al completo te conocía, apreciaba y quería, así como eres, sin falsas modestias, humilde, simplemente siendo tú; así que en tan significativa fecha la familia al completo incluidos tíos paternos, sus familias y la amada abuela Conchita que tanto te quiso y quien me insistió muchas veces que me casara contigo.

Una vez hecha la petición formal de matrimonio, dijiste tomando a los presentes como testigos: “Usted es mi credo y mi religión, hoy deposito mi espíritu y mi vida a la única mujer que amo y amaré en este mundo”.

Aceptada por los padres la petición y otorgada la concesión, se fijó la fecha de la boda para julio del año

siguiente, pero unos meses después se cambió a julio 5 de 1987 ya que a José Amado Vela Hernández, amigo casi hermano, le prometí años atrás que me casaría cuando el pudiese otorgar el sacramento y le faltaba el último año de sacerdocio, así que los felices comprometidos esperamos (muy a tu pesar) casi dos años para tan ansiado suceso.

Estos cómplices amándose siguieron, y así, el sábado 5 de julio de 1987 con una temperatura de más de 40 grados centígrados se encontraban frente a las puertas de una iglesia a plenas 7:30 pm, bajo un sol radiante en la ciudad de Reynosa, Tamaulipas, a la espera de que se llegara el momento de ingresar al templo para contraer matrimonio religioso, el cual habíamos pensado que fuera sencillo, sentido, y diferente; sin embargo, cedimos a las condicionantes familiares en ello; antes, habíamos pasado por infinidad de firmas del contrato de matrimonio civil y por una serie de flashazos que dejarían constancia de tan feliz acontecimiento; ahí estábamos felices pero casi deshidratados, ante las circunstancias climáticas, optaste por abrir la puerta para protegernos y vaya con lo que nos encontramos: ¡cientos de ojos nos miraban con incredulidad, con sorpresa y nosotros no sabíamos que hacer! Permanecimos unos segundos o quizá minutos como estatuas, la misa se interrumpió, los murmullos se hacían escuchar, los sacerdotes intercambiaron miradas y palabras para posteriormente, mediante señas, indicarnos que nos dirigiéramos al altar: así que sin protocolo alguno nos tomamos del brazo y nos encaminamos al altar.

Nadie te entregó, no me tuviste que esperar en el altar, nadie me entregó a ti (mi padre siempre lo lamentó). Tú y yo nos entregamos el uno al otro, sin nadie de por medio,

con toda la convicción de nuestros sentimientos, teniendo como testigo a Dios ¡quizá el mismo Dios nos regaló esta boda única e incomparable como lo habíamos soñado! ¡Creo que Dios confió en nosotros y no lo hemos defraudado!... Y después de la boda religiosa vino la fiesta, en la cual rompimos también aquello de que los novios ni hambre tienen en su boda. No, en nuestro caso disfrutamos nuestra primera cena como esposos, igual que los invitados y del baile ni se diga, aunque ambos no nos distinguíamos por ello, lo intentamos e inclusive, tú desde entonces te imponías con tu baile “loco y suelto” como llamabas a tu singular estilo, ante las rolas rocanroleras e inclusive en la cumbia Matamorenses de Rigo Tovar. Te leeré ahora las líneas que me entregaste ese maravilloso día:

Eres la mujer a la que me entrego para siempre en cuerpo, alma y pensamiento, has sido la mujer que siempre soñé y que jamás pensé que pudiese existir, esa mujer a la que no se puede traicionar ni engañar porque sería traicionar y engañar un ideal, una convicción, un amor. Siempre tuyo este corazón, este cuerpo, este ser que se va forjando por ti.

Una vez encaminadas nuestras vidas en lo laboral y profesional, la felicidad se hizo nuestra, ante la confirmación de que estábamos embarazados y a la espera del hijo (a) que tanto deseábamos. Años atrás al pensar en la prolongación de nuestro amor a través de una vida, decías que ansiabas ver mi vientre henchido, distendido por el cúmulo de amor contenido y ese momento llegó. Cuando lo vimos por vez primera a través del ultrasonido y escuchamos los latidos de su corazón, la emoción y

sentimiento aún hoy no es posible encontrar las palabras justas para describirlas. Nuestro hijo nos convirtió en padres el 24 de junio de 1992, él ha heredado tu nobleza, humildad y gran corazón, tu mirada, gusto por el rock, además de ser conciliador, mediador y responsable.

Ahora te leo esta carta que escribiste para Axel el 24 de junio de 2015.

Amado hijo Axel Iván:

Un día como hoy miércoles 24 de junio, el mero día de San Juan, a las tres de la tarde naciste en Monterrey N.L. quiero decirte que ha sido un honor y un privilegio de la vida ser tu padre, Tu sabes que como profesión y oficio desde antes de que nacieras soy historiador y me enorgullezco de serlo, sin embargo soy infinitamente más satisfecho de ser tu padre.

Un historiador busca evidencias, en archivos, bibliotecas y testimonios para tratar de reconstruir el pasado con la mayor fidelidad posible de acuerdo a su experiencia y conocimientos acumulados: el padre en cambio, personifica la creación misma de la vida. Es la esperanza que mis hijos cuando me haya despedido me recuerden no en las trincheras de la historia ni en los libros que haya escrito, ni en los reconocimientos obtenidos, sino en casa repitiendo con ellos nuestra sencilla oración diaria que junto con su madre implorábamos antes de dormir y con el afán de alejar y conjurar a los demonios y que hasta hace pocos años invocábamos “Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche, ni de

día...” Así sea amado hijo: Ángel de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día.

Escucha Chuy, nuestro hijo reza nuestra oración por ti, por nosotros... En la víspera de la navidad de 1994 recibimos un gran regalo: nuestro segundo hijo “Bebé león”, así bautizado por su hermano mayor, su nombre Jéber Adriel quien hace honor al significado de su nombre, ha sido un intrépido león, una de sus citas memorables que registraste en un cuaderno cuando a los cuatro años, al querer asustarlo por algún detalle nos dijo: “yo no tengo miedo al miedo”, y casi a la misma edad “cuando sea grande y me case ¿a dónde se irán a vivir ustedes?” El bebé que demandaba atención inmediata, inquieto desde su nacimiento se convirtió en la pimienta de la casa, tu gran compañero, con quien te convertiste en scout al disfrutar de sus andanzas en la infancia, a quien día a día llevaste a la estancia infantil, al jardín de niños, escuela primaria y así hasta la universidad.

Además de ser padre e hijo son amigos, camaradas y hasta cómplices, tigre de corazón, cantador (desafinado) de corridos, gustoso de la música norteña, físicamente es igual a ti, salvo por el color de piel, tiene tu mirada profunda, triste y noble.

Desde 1985 hacías hincapié en lo siguiente:

me gustaría que nuestros hijos leyeran los escritos de nuestra historia, de las diversas etapas de la vida y decirles que son producto de la vitalidad de un amor, de un profundo amor que sus padres vivieron y que a su vez, que por ellos, estos dos individuos siguen profesando amor.

Te confieso, hoy como lo hice tantas veces, que siempre me sentí halagada, y en ocasiones hasta apenada ante tus palabras de cariño, de amor, que ensalzan mis virtudes y opacan mis múltiples defectos, más desde ese tiempo, hasta el fin de mis días, tú has sido y serás el amor de mi vida. He sido feliz afortunada y bendecida a tu lado.

Tus expresiones que son fotografías escritas en el transcurso de nuestra historia, llegan con la vigencia del hoy, hace años me decías (escribías): “El día que este individuo abandone la vida, que termine su ciclo, quiere terminar su vida con quién le dio vida a su vida, tu mi amor, tu María de la Luz González”.

En otra de tus misivas decías que

juntos amamos la vida y juntos la hemos prolongado y el día de mañana uno de los dos habrá de partir a ese viaje sin retorno que todos tendremos y me iré satisfecho porque con nuestro amor dimos lugar a la creación de más vida, por ello nuestro amor permanecerá por siempre.

Tú estás aquí, escuchando con tu tribu a Sabina, Serrat, Beatles, tus corridos y sobre todo tu preferido siete leguas, han vuelto a sonar fuerte en esta casa Pablo y Silvio, Zitarrosa, el Son Cubano, las románticas de ayer y hoy, como Coincidir, Solo tú y Amémonos la canción que siempre te canto.

En diciembre del año pasado (2020) el tiempo dio un vuelco a pesar de las circunstancias, nos sentimos como si estuviésemos en 1979, cumpliste tu promesa y reafirmamos nuestros sentimientos; tú has sido y eres el amor de mi vida, el compañero que la vida me dio y la vida

no se equivocó, te amo como el primer día, tu vida es la mía, vivo hoy por ti, estás aquí, escucho tus palabras, la memoria recuerda todo lo que hemos vivido, estás en mi sentir, en tus escritos, en la sonrisa y mirada de nuestros hijos, en el bullicio y alegría de nuestros nietos.

Me escuchas, lo sé y lo siento, esta conversación solo ha tocado algunos aspectos de nuestra historia, nos falta mucho por platicar, lo seguiremos haciendo por siempre, porque entre tú y yo no hay final. Agradecida estoy con la vida y con Dios por haberme dado la gran bendición de compartir y recorrer las vicisitudes y vericuetos del andar por la misma, junto a ti.

Amor descansa, mientras duermes, velo tu sueño, mientras sueñas, sueño contigo, mientras esperas la luz te acompaña, mientras arriba, no sueltes mi mano, duerme como duermen los justos, duerme mientras me esperas...

Para Jesús... amigo de voz baja y de risa fácil

Martha Rodríguez García

Siempre me asusta escribir las primeras líneas y más cuando se tratan de recordar a un buen amigo, a un colega archivista e historiador que murió a causa de la terrible pandemia del Covid.

No fue casual nuestro primer encuentro: conocí a Jesús junto a su inseparable cuate, amigo y colega, César Morado. Entonces yo tenía 31 años y ellos eran un par de jóvenes que apenas hacían sus primeros “pininos” en el Archivo del estado de Nuevo León. La primera vez que lo vi, se encontraba entre anaqueles, cajas de archivo y documentos. En suma, entre un mar de historias que

pronto se encargaría de descubrir. A partir de ese primer momento, los archivos serían el escenario en el que ambos sostendríamos nuestros encuentros, conversaciones y proyectos a los largo de casi 4 décadas.

El escenario, como en una obra de teatro, nunca fue el mismo. Aunque la mirada siempre capturaba anaqueles, mesas de consulta, cajas AGN 12 o documentos, el escenario, o más bien la puesta en escena, se transformaba una y otra vez. Las historias que Jesús develaba, los protagonistas que moldeaba en sus escritos, las atmósferas que recreaba siempre se distinguían. Podía enamorarse de figuras tan versátiles y polémicas como la de Santiago Vidaurri, pero simultáneamente y como su apodo “el último lipan” lo indica, se interesaba por aquellos que perdieron no sólo la guerra, sino también su mundo de vida: lipanes, apaches y comanches.

En nuestros múltiples encuentros, observe como Jesús lograba llevar el trabajo con los documentos a otra dimensión. Enemigo de una lectura rápida y simplista de las palabras inscritas en las cartas, diarios o circulares, Jesús se acercaba a ellos con los ojos y la curiosidad de un Sherlock Holmes. Las preguntas eran sus armas, las respuestas las historias que narraban guerras, o vida cotidiana de los vecinos de pueblos y villas. Con sus palabras, Jesús revivía a los muertos, a los que ya no estaban presentes, también reconocía atmósferas y tiempos desaparecidos.

Leer sus fichas de catálogo era un gozo, un placer. Sus síntesis te cautivaban. En 10 o 12 líneas Jesús lograba envolverte, atraparte: siempre te despertaba inquietud, interrogantes. Invariablemente la lectura de sus “fichas”

te llevaban al deseo de leer más: querías leer el documento, el expediente, el legajo. Jesús lograba su cometido, envolverte con sus palabras, introducirte a la historia o a las historias.

Recuerdo que en uno de nuestro reencuentros, junto a otros archivistas e historiadores del norte de México, de San Luis Potosí, y del National Park Service de los Estados Unidos, emprendimos una travesía para rescatar los documentos dispersos aquí y allá, en archivos municipales o estatales, con el propósito de comprender la guerra entre México y los Estados Unidos en otros años aciagos allá por 1846, desde una dimensión que contemplara, no sólo las figuras político militares de un bando u de otro, sino desde los ojos de autoridades de pequeños pueblos o del sentir de los vecinos que, en un buen número de ocasiones, mostraban extrañeza ante una guerra en la que no se reconocían y de la que no formaban parte.

Mi papel fue coordinar el proyecto. Jesús y César, acompañados por Leticia Martínez, pusieron sus afanes en la elaboración del catálogo del estado de Nuevo León. Fueron meses y años de arduo trabajo: el resultado final fue una grata sorpresa. Jesús y sus colegas lograron develar no sólo el papel de los personajes político militares relevantes sino el de alcaldes de pueblos y lo más novedoso aún, la participación de los vecinos, como diría el autor de una carta, en el “teatro de la guerra”.

Recuerdo la lectura de algunos documentos, entre los miles que rescataron, que en ese entonces me dejaron perpleja y que aún hoy me sorprenden. Eran cartas que en sus trazos escriturísticos ponían en duda la idea que teníamos de esa guerra, en una palabra el trabajo de Jesús y César su colega, nos llevaron a desaprender la

idea fija que teníamos de esa guerra en particular. Jesús, en sus síntesis lograba filtrarse entre los personajes. Sus palabras se entrelazaban con las del autor de la carta de tal suerte que el personaje muerto cobraba vida. No recuperaba cualquier palabra sino aquellas que permitían que el firmante de la carta recuperara su voz. En suma, no se esmeraba en darnos datos sino en mostrarnos los sentidos, los significados.

Para dar cuenta del espíritu que animaba a Jesús en la difícil tarea de escuchar, de dar voz a los que ya no estaban allí, transcribiré un par de líneas de la síntesis de una carta que Valentín García, alcalde de Santa María de los Aldamas escribió allá por 1847 a propósito de la petición del cabildo de Monterrey para que el gobernador de Nuevo León, quien había renunciado a su cargo por la presencia de las tropas norteamericanas, regresara a ocupar de nuevo su puesto. La carta dice así: “Para la corporación de los Aldama, la “prudencia” aconseja decidirse por los males menores, y es “menor mal no tener” gobierno que nombrar un gobernador que “sirva de Rey de burla” a los enemigos.

García expresa que “nuestros” antepasados dejaron escrito como una “verdad demostrada: que quien por su propia mano se lastima, que no jima.” Esta es la opinión del ayuntamiento de los Aldamas; si la mayoría de los pueblos del estado no fueran del “mismo parecer”, el pueblo de los Aldamas se sujetará “gustoso” a lo que ellos acuerden. Este “sacrificio” se debe al sistema republicano que rige “felices o infelices”, el pueblo de los Aldamas “correrá” la suerte de los demás pueblos del estado de Nuevo León, sin “separarse jamás” de ellos, a pesar de tener una opinión, en un asunto “tan vital”, del “todo contraria” a la expresada por algunos de ellos.

Como el compositor que juega con las notas para componer una hermosa sinfonía, Jesús jugaba con las palabras para encontrar el sentido, el significado de una carta, de una memoria, o de una circular.

Admiré su paciencia y su capacidad para escuchar. De voz baja y de risa fácil, fue enemigo del protagonismo. Podría decir que Jesús vivió al margen de la vanidad, tan frecuente en nuestros círculos académicos. Su capacidad para escuchar la mostraba no sólo con sus colegas y alumnos sino también incluía a las mujeres y hombres que se escondían en los documentos que el celosamente organizó y protegió en su casa de casi 40 años: el Archivo General del Estado de Nuevo León.

Durante un tiempo deje de frecuentar a mis ya no tan jóvenes amigos Jesús y César. Recuerdo una mañana que fui a cuidar a mi nieta María Andrea a Monterrey. Después de dejarla en el kínder salí “volando” al Archivo. Ya no me dirigí a la sede del archivo en la Macroplaza sino a su nueva casa en el Parque Fundidora. Iba con muchas preguntas y pocas respuestas en una investigación que apenas iniciaba: “El viaje de Boda” mejor conocido como “La Luna de Miel”. Al llegar pedí hablar con César, momentos más tarde y para mi sorpresa, apareció Jesús.

Salimos a tomar un café y ahí intentamos ponernos al tanto de nuestra vida en los años en que se interrumpieron nuestros encuentros. Jesús me platicó de una crisis familiar y personal. En la conversación no percibí ningún atisbo de resentimiento o enojo por los problemas que habían quebrantado su salud. La plática sólo fue una conversación entre viejos amigos que trataban de ponerse al tanto de sus vidas.

A partir de entonces nuestros reencuentros fueron constantes. El tema obligado los archivos: reflexionar sobre nuevas formas de ver y entenderlos, imaginar nuevos proyectos, en suma, reinventar los archivos.

Los primeros días de diciembre de 2020 hablé por teléfono con Jesús. El tema de la conversación: los archivos y su divulgación. Sus últimas palabras fueron “A seguirnos cuidando Martha”. Ninguno imaginaba el desenlace.

En varias ocasiones antes de que la pandemia nos obligará al encierro y al cambio de vida, invite a Jesús y a César a comer a mi casa. La comida se pospuso por el clima, por el trabajo y finalmente por la pandemia. A pesar de ello ahora le digo a Jesús que podremos recuperar esa cita varias veces postergada, pues como bien dicen cuando la persona se va, su espíritu se queda entre nosotros y ya sin cuerpo, adquiere el don de mostrarse aquí y allá: en sus palabras trazadas en una narración, en sus gestos, en sus lugares, en sus formas de amistad. Por tanto querido Jesús, no tendremos comida pero te aseguro que conversaré contigo en tu lugar favorito: los archivos a los que pocos como tú, en la travesía por esta vida, lograron transformar y reinventar una y otra vez.

Jesús Ávila Ávila, un amigo de Monterrey

Lucas Martínez Sánchez

Cuando se tiene que escribir sobre alguien que se ha adelantado en el camino de la vida, ya por pedido o deferencia, viene a cuento parafrasear a Lope de Vega, en aquello de: “...viviendo, todo falta; muriendo todo sobra”. Y en efecto por el recuerdo a quien se fue, se pondera su

virtud, a veces con sinceridad y sencillez, otras las más, con elaborados cumplidos, que los yerros por lo regular se quedan maliciosamente en el tintero, para irse a unas a veces inconclusas memorias personales, donde se puede mejor hablar a sí mismo, del mundo tipo *Manual de Carreño* en que nos movemos.

Si me preguntaran mi lejano o reciente recuerdo de Jesús Ávila, no lo pensaría dos veces, hombre bueno, buen amigo, prudente y generoso, nada más, pero nada menos. Lo traté por primera vez en Nuevo Laredo hace dos décadas, y lo encontré muchas veces en su sede de largos años, aquella oficina a modo de *catacumba*, de los sótanos de la monumental macroplaza *reínera*.

Lo escuché en infinidad de pláticas alrededor de una comida y ahora que repaso su recuerdo, por lo que a mi tiempo respecta, lo veo siempre al lado de tres directores de su querida institución, el Archivo General de Nuevo León, con los que tuve y tengo el gusto de conocer y convivir: don Artemio Benavides, don Romeo Flores y el inquieto don Héctor Jaime Treviño, a ellos los trataba Ávila con una atención que me hacía observarlo, respetuoso en su trato sentí siempre que los cuidaba.

En Monterrey, San Luis Potosí o Guadalajara en donde coincidimos con don Artemio, Ávila prudente, esbozaba una ligera sonrisa, mirando como discutía a *machete pelado* con el inteligente Benavides; que decir cuando solícito y cuidadoso se acercó a mí, para presentarme a ese caballero de la vida política mexicana don Romeo, Ávila procuraba cada detalle, pero ahora que recorro aquellos momentos, me convengo de que el resorte que lo movía era su generosidad, el carácter de los suyos, lo bonhomía que aprendió en casa, sin doblez hacía amigos; que puedo decir

al describir los encuentros siempre alegres con don Héctor Jaime, todo plática y vivencia, todo experiencia, todo análisis y al recordar nuestra última tertulia en Saltillo, prolija en datos y conocimientos, solo quedó de aquel momento una fotografía y el verso del clásico: *...en el último trago nos vamos.*

Dedicado a sus investigaciones, que no publicó muchas, pero las que puso en manos de sus amigos y los lectores, son excelentes. De todo ello destaco su trabajo en equipo hace años sobre Vidaurri, lo mejor hasta ahora; además de otras obras y catálogos, artículos y varias publicaciones, que en el tiempo de más de tres décadas produjo y acompañó.

A veces me he preguntado, cuál fue la mejor aportación a sus colegas, a los cronistas y a los lectores de la historia regional y no es fácil la respuesta, pero ahora que Ávila se nos adelantó, leí con cuidado las expresiones de los que lo trataron más de cerca en su misma ciudad, de ellos, de varios, recogí una expresión, un concepto: siempre alentó a que los nuevos investigadores dieran lo mejor de sí, que un obstáculo o una crítica, no eran más que momentáneos si se quería trascender, animaba y alentaba.

Contamos no pocas tazas de café en Monterrey, Saltillo y Torreón, platicando de un tema más focalizado en su trayectoria, pero que a él le hacía *brillar los ojos* y los recuerdos, su joven militancia en la izquierda, su razón de ser, el sentido de su vida, *ver la vida en rojo*, decía Chuy Ávila. De ahí que largas horas gastamos comentando el tema, inclusive en recorridos inolvidables como a Nuevo Laredo invitados por el Dr. Ceballos, cuando Ávila como guía, imbuido en la plática, nos hizo viajar a la frontera por la carretera antigua y no por la de

cuota, o a Ciudad Victoria para acompañar al Dr. Octavio, *de ida y vuelta* escuchando sus vivencias en la universidad Patricio Lumumba, si en aquella de la amistad de los pueblos.

Trabajadores del archivo ambos, los temas de nuestra constante comunicación giraban en torno a los amigos de archivos pero también de la historia, de los que recordábamos hacíamos memoria, debo confesar que no de todos y aunque el gremio regional no es mayúsculo, siempre habrá alguno que se *corta del atajo*, ni modo así es lo cotidiano, de eso y más conversábamos.

Cierta ocasión caminamos en Saltillo por la legendaria calle de Victoria, recorrimos con paciencia y sin prisa la extensa Alameda Zaragoza y visitamos la librería Carlos Monsiváis, aquello fuera de la camaradería habitual nada tendría de particular, sino hubiese sido en el contexto de un momento difícil para Ávila, fueron los días cuando su salud apenas se reponía de duro trance, lo invité a larga caminata, la disfrutamos sin duda. Bajo los árboles centenarios de la alameda tlaxcalteca, no atiné entonces a pensar, sino en lo endeble y pasajero que son los días, que trajimos? nada, que nos llevamos? Nada.

Hubo también un momento importante que tuve el honor de compartir con Ávila y con el bien recordado maestro José Reséndiz, cuando recibimos la Medalla Alonso de León, lo mejor fue compartir aquel momento junto a esos dos esplendidos seres humanos que hoy no están, los honores se agradecen, pero pasan.

Sin duda el anecdotario es largo, es la expresión valiosa de la amistad, imagino que fue vasto el que compartieron durante fructíferos años Chuy Ávila con don Héctor Jaime y el *compadre* Dr. Cesar Morado,

bastante será lo que ellos nos compartan y mucho lo que conservaron, es la sabiduría de la vida, es la alegría de buenos recuerdos.

Una de las finales conversaciones que tuve con Ávila, no la última, motivó un par de correos electrónicos para mí imborrables, fue a raíz de las experiencias familiares comunes en lo más popular del viejo y contemporáneo Monterrey, le compartí el recuerdo de mi bisabuela orgullosamente del barrio de San Luisito y de cómo alentó a sus hijos a irse a una aventura nada fácil llamada Coahuila; él por su parte, me obsequió con un detallado y personal relato, de cómo su familia fue del sur *profundo de Zacatecas, a la industriosa Sultana del Norte*, ahora en su recuerdo y memoria, comparto las líneas casi autobiográficas que Ávila me envió, me disculpo con el amigo por tomar sus letras, pero en honor a la verdad, fue una espontánea y sentida versión de sus más personales recuerdos:

Caro amigo y colega, agradezco tus palabras: la gratitud es la memoria del corazón. Por un momento, pensé en narrar algo de la historia de una familia de zacatecanos que arribó a esta ciudad de Monterrey como destino en 1957 y que se arraigó hasta echar raíces. Benito, zapatero de oficio, convirtió las casas de renta donde crecimos y vivimos en una extensión de su taller de reparación de calzado.

Los hermanos mayores, mientras tanto, se ocupaban como obreros en las fábricas y talleres locales; algunos terminaron la escuela secundaria y fincaron sus esperanzas en que los más

pequeños termináramos nuestra formación escolar en la universidad: solo dos concluimos, lamentablemente a los padres no les alcanzó la vida para ver lo que soñaban, sus hijos como profesionistas. Creían religiosamente que al obtener un título alguno de la prole, redimiría a la familia de la pobreza. No fue así, pero ellos lo anhelaban. Sus oraciones en la iglesia de Cristo Rey (procedíamos en el origen de santuarios y territorios cristeros) abogaban por una mejora en la vida para todos.

Benito, mi padre, murió a los 55 años (1917-1972); pero jamás se arrepintió de tomar la decisión de enfilarse hacia el norte (cuando joven, como bracero, se había enganchado en Monterrey para trabajar en las rudas jornadas en los campos de Michigan y Oregón, durante la década de los 40's); Luis, el mayor de los hijos, con 18 años, influyó enormemente en Benito, para salir del pueblo que no ofrecía futuro, solo penurias y carencias. Francisca, mi madre (1919-1980) empujó la determinación y abandonamos el solar donde nacimos: Jesús, de dos años y David, un año. Aquí, nació la única regiomontana al año siguiente. Lucas, amigo, la verdad, tus palabras, motivaron a narrar una estampa breve en la historia familiar.

Hoy, en Monterrey, mis padres descansan al lado de su hijo mayor, Luis, que murió a punto de jubilarse (1939-2000) por cumplir los 61 años, después de trabajar en el arreglo y compostura de las vías ferroviarias de Houston, Tx. (trabajo asignado a los latinos y afroamericanos, por la cruda rudeza de las faenas: con lluvia, calores

sofocantes, frío extremo y con nieve); junto con Rafael (1946-2018) quien jamás aceptó ni se adaptó al -para él- brutal cambio de vida y Benito (1948- 2011), descansa en otra tumba, separado de sus padres y hermanos. Pero, Jesús, del que llevó su nombre (1940-1950), él, se quedó en Nochistlán.

Años después, comprendí porqué abandonamos la tierra de caxcanes: Jesús sufrió un accidente de juego de niños y no hubo la plata necesaria para trasladarlo con urgencia a Guadalajara. Tocaron las puertas de los ricos del pueblo, por la necesidad del apremio y les fue negado el apoyo cristiano. Acudieron con el párroco del pueblo (tenía los medios y un vehículo, fundamental para el auxilio requerido). Obtuvieron la misma respuesta. El párroco se negó a brindarles el socorro. Jesús, murió, se tenía la esperanza que al trasladarlo a Guadalajara, recibiría la atención médica que, quizá, salvaría su vida. No fue así. Luis, nunca regresó a la iglesia...

Los seres humanos estamos hechos de momentos, de franjas, de retazos, de ideas, de sueños, pero somos y reflejamos poco o mucho de aquellos a los que acompañamos en el camino de la vida, la experiencia queda, permanece. Vaya este recuerdo al viejo activista que unos reconocían, al archivista que muchos trataron y en suma al investigador y autor de textos de historia *regiomontana*, si de esa historia del noreste, de esa historia tan nuestra, forjada de esta tierra llena de vida, tierra común donde están enterrados nuestros muertos. *Hasta siempre tovarishch Ávila.*

Entre la jara y el archivo. Trabajo y recuerdos de Jesús Ávila desde un alumno

José Eugenio Lazo Freymann

Así como los vascos, los regios nacen donde quieren. Del estado de Zacatecas han llegado a Nuevo León personajes significativos para la academia de Historia. Dos de ellos, especialmente, pusieron los pilares de esa gran estructura profesional que tenemos hoy en día. Uno es Eugenio del Hoyo, que su obra es ampliamente citada y reimprimida, siendo fundamental para entender ciertos temas del Noreste de México, que de forma empírica problematizó y sus investigaciones se mantienen firmes. El otro es Jesús Ávila, parte de las primeras generaciones de historiadores profesionales de la Universidad Autónoma de Nuevo León, que egresaron en una turbulenta Hispanoamérica y bajo el brazo teorías novedosos para un campo que se encontraba regido por la crónica.

En el año 2013, cuando inicié el proyecto de investigación, que posteriormente derivaría en tesis, mi asesor Jacobo Castillo, hizo hincapié en que si abordaría el siglo XIX y a los indios bárbaros, debía hacer una visita obligada: ir al Archivo General del Estado de Nuevo León y preguntar por Jesús Ávila. El presentarme ante esa autoridad, con la duda de que derivara todo en un juicio inquisitorial al no poderle contar nada nuevo, me puso nervioso. Haciendo un repaso de mis notas y pocas lecturas, me presenté en su oficina ubicada en Juan Ignacio Ramón, esquina con Zaragoza, en el Centro de Monterrey. Dos recuerdos mantengo con alegría de ese primer encuentro: el abrazo y vigorosas palmadas a la

espalda, y el cuadro de Gerónimo, el fiero guerrero diné, que vigilaba su oficina.

Su pausada y segura voz, el franco interés que me mostró y sus recomendaciones, hicieron que al poco olvidara mi nerviosismo inicial y discurriera como una conversación entre amigos. Al final, antes de irme, me compartió su correo electrónico: mientras me daba su dirección, una sonrisa se dibujó en su rostro.

De esa primera plática, y el seguirle en una serie de pláticas y reconocimientos que se le hicieron, estreché más el contacto con él. Bien visitarle en el archivo por las mañanas o verle por las tardes en la Capilla Alfonsina; hablar de montañismo, cocina, marxismo o su época en el partido, la antigua Filosofía y Letras, floricultura, sobre las personalidades en la academia de Historia, ah, y sobre los nómadas del Noreste de México.

En sus preguntas e insistencia de avanzar con la investigación, con el objetivo claro de drenar esas grandes lagunas de nuestra historia regional, se vieron coronadas cuando me presenté con él cargando un borrador final para que me diera su opinión. Me pidió 15 días para leerme, y al finalizar me mandó llamar. Al darme sus observaciones, de su gusto de leer algo novedosos en un tema que le apasionaba, se vio desbordado cuando le pedí que fuera uno de mis lectores en la defensa de tesis.

Pasaría el tiempo y en una segunda ocasión me presentaría con él llevándole un borrador de investigación, en este caso la de maestría. Incontables las horas - en una nueva oficina, ubicada en las antiguas Oficinas Generales de Fundidora-, escalando mapas, sobre mis experiencias en el altiplano potosino o los archivos nacionales que consulté. Misma temática y el mismo alumno atento a su maestro.

La última vez que le vi, en octubre de 2020, con las terribles condiciones impuestas de la pandemia, su fuerte abrazo me decía que todo marcharía bien.

Imposible dimensionar y abarcar a este humanista que llevó una guerra de baja intensidad contra los formalismos de vestir paño y corbata que ha impuesto la City, o el de ese gran torrente humano que nunca tuvo reparos en compartir expedientes o fondos completos con tal de que la información fluyera. Su honestidad, franqueza y profesionalismo trasciende en sus alumnos, no siendo él ya el último de los lipanes.

Homenaje a Jesús Ávila

Joaquín Rivaya-Martínez

Tuve la inmensa fortuna de conocer a Jesús Ávila cuando realizaba mi investigación doctoral, allá por enero de 2005. Por aquellas fechas era yo aún un alumno de posgrado en UCLA. Se trataba de mi primera visita a Nuevo León y a su archivo estatal, dirigido entonces por Artemio Benavides. Mi investigación era poco convencional. Estando yo investigando para una tesis doctoral en antropología, me interesaba recopilar evidencia acerca del cautiverio entre los comanches. Sin conocerme de nada, Jesús me atendió con una generosidad y una amabilidad extraordinarias.

Recuerdo que en seguida entablamos un diálogo sobre mis objetivos, mis limitaciones de tiempo, posibles obras de interés de autoría mexicana y demás factores que afectaban mi investigación. Aquella conversación fue ya enormemente fructífera para mí. Sería sólo la primera de

muchas. Es de justicia reconocer que, habiendo realizado investigación documental en más de veinte repositorios de cuatro países hasta la fecha, en ningún lugar me han facilitado tanto la tarea investigadora como en los archivos estatales de Nuevo León y Coahuila, destacando especialmente Jesús por su constante disponibilidad y su infalible afán de ayudar al investigador (por encima de las limitaciones burocráticas, si ello era preciso). Sin duda, el apoyo y asesoramiento de Jesús me permitió acceder a fuentes que de otra forma habrían pasado desapercibidas.

Durante las pocas semanas que estuve en Monterrey en aquella primera visita tuve la oportunidad de hablar largo y tendido con Jesús dentro y fuera del archivo. A veces nos quedábamos a tomar algo cuando cerraba el archivo y las pláticas se alargaban y cambiaban de tema: deporte, política y, cómo no, historia. Compartíamos muchos intereses y aficiones: el fútbol, la música... y, por supuesto, la historia del Noreste.

La relación profesional pronto se convirtió en una entrañable amistad. A los pocos días me acompañó en un viaje a Lampazos, donde no pude cumplir mi deseo de acceder al archivo por estar este cerrado. Pero aquel viaje me permitió familiarizarme con el precioso norte del estado de Nuevo León, cuna de tantos cautivos de los "bárbaros", así como saborear el pan de Bustamante por vez primera. También recuerdo que, la noche antes de mi regreso a Los Ángeles, Jesús me invitó a cenar a su casa, donde tuve el gusto de conocer y disfrutar de la hospitalidad de su esposa, María de la Luz González, Lucy, y sus hijos, Axel Iván y Jéber Adriel.

Recuerdo que hacía poco habían incorporado a la familia a un perrito por el que, según Jesús, sus hijos

habían suspirado, aunque ahora que ya lo tenían los dos se hacían los remolones a la hora de sacarlo a pasear. También he de decir que es difícil encontrar padre o marido tan orgulloso de su familia como lo estaba Jesús.

Aquella amistad surgida durante mi primera estancia en Monterrey bien podría haber resultado efímera dado que yo residía entonces, y así ha sido hasta hoy, en Estados Unidos y sólo puedo viajar a México esporádicamente. Sin embargo, nuestra amistad no hizo sino crecer con los años. Regresé a Nuevo León en varias ocasiones por diferentes circunstancias relacionadas con mi trayectoria académica, aprovechando para investigar en el Archivo General del Estado de Nuevo León siempre que podía.

A Artemio Benavides le sucedió al frente del archivo Romeo Flores, a quien reemplazó a su vez Héctor Jaime Treviño, cada uno con su estilo. Mudó de sede el archivo y se sucedieron también los cambios en la sociedad y el clima político mexicano. Pero Jesús siempre siguió siendo el mismo. Recuerdo que en una ocasión me acompañó a visitar la Hacienda San Pedro, junto con Margarita Domínguez Martínez y su amiga Dolores Méndez. Como siempre, Jesús ya se había anticipado a mis inquietudes y contactado a los responsables del archivo de la hacienda para que nos atendieran. En otra ocasión, me llevó a conocer el recién inaugurado Museo del Noreste en compañía de nuestro común amigo, el también archivista e historiador, Francisco Rodríguez.

En fin, son muchos los momentos compartidos con Jesús que recuerdo con nostalgia, y todos felices. Y así es exactamente como le recuerdo a él: una persona alegre y animosa con un fino sentido del humor a quien nunca

achicaron las circunstancias adversas, ni siquiera los muchos e imprevistos infortunios con los que hubo de lidiar en los últimos años. Jamás olvidaré a Jesús, un profesional excelso y un ciudadano ejemplar cuya amistad atesoraré mientras viva.

Querido amigo, te tengo presente en mis oraciones y estoy seguro de que algún día nos volveremos a encontrar. Descansa en paz.

Jesús Ávila. Sembrador de amistades

Juan Ramón Garza Guajardo

Conocía Chuy por medio de mi hermano Celso, por eso siempre he dicho que fue una amistad heredada por mi hermano. Celso y Jesús se conocieron en la década de los setentas cuando los dos eran militantes en el Partido Comunista Mexicano; los dos continuaron uniendo su amistad por el gusto por la historia. Jesús desde la trinchera del Archivo General del Estado y Celso desde el Centro de Información de Historia Regional en la Hacienda San Pedro de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Como conocí a Chuy, todo inicio en 1996 cuando mi hermano Celso me invitó a ir a trabajar con él a la Hacienda San Pedro. En ese año, sería conmemorado el 400 aniversario de la fundación de Monterrey, Celso tenía varios proyectos en puerta para la celebración y requería que alguien lo apoyara en las investigaciones. Recuerdo que en enero me mandó llamar y me dijo que fuera al Archivo del Estado, con Jesús Ávila, para iniciar la búsqueda de información para los trabajos que estaba

preparando para los festejos del Monterrey 400. También me dijo que iniciara un trabajo sobre el municipio de General Escobedo. Recuerdo que me comentó que yo le iba a ayudar pero que también investigara algo para después publicar.

Al llegar al archivo, encontré a Chuy en su oficina con varias cajas en su escritorio, leyendo unos documentos y, con su tasa de café a un lado, platicamos un rato y después me acompañó al área de consulta, donde explicó a la encargada que yo era un usuario especial “enviado de más arriba”. Sonrió y se retiró a su oficina.

A partir de esa primera visita al archivo, siguieron muchas más en ese año y siempre llegaba a saludarlo o el pasaba a saludarme a la sala de consulta. A finales del año terminé mi trabajo sobre los ayuntamientos de General Escobedo, con el cual ingresé a la Sociedad Nuevoleonesa de Historia Geografía y Estadística, donde Celso era el presidente y Chuy el secretario general. La reunión la realizamos en el archivo del municipio de General Escobedo en el mes de noviembre. Unos días antes, visité a Chuy para enterarme de cómo era el protocolo de ingreso y, como siempre, muy amable me dio los pormenores de cómo se desarrollaba el ingreso de un nuevo socio a la asociación.

En los siguientes años, seguí visitando a Chuy en el archivo y siempre pasaba a saludarlo, siempre me preguntaba qué estaba investigando y yo le contaba de mis proyectos. Chuy, como conecedor del archivo, me indicaba hacia donde pudiera encontrar más información que fuera útil para mi proyecto. Esa era una de las virtudes de Chuy: el ayudar a todos los que acudían a solicitarle orientación en la búsqueda de información, pues

conocía el archivo como la palma de su mano. “En esta sección, o en tal expediente, puedes encontrar información; consulta este libro; en el Periódico Oficial encontrarás el decreto”.

Ante cualquier duda, él te orientaba, esa forma de ser era su característica. Se podría decir que esa era su obligación como funcionario, pero Chuy le añadía el trato humano, su deseo de apoyar a cualquiera que se interesara por el rescate de la historia regional, en especial a los jóvenes estudiantes de la carrera de historia que por primera ocasión visitaban el archivo. A ellos guiaba con más empeño, tratando de dejarles la pasión que el sentía por su trabajo. De ello, dan cuenta varios, que hoy son directores de distintos archivos en el estado.

La prematura muerte de Celso en el año 2000 selló nuestra amistad. Por eso es que reitero que la amistad con Chuy fue herencia que Celso me dejó. A partir de ese año, las visitas al archivo siempre terminaban con una plática sobre las andanzas de ellos dos cuando eran miembros del partido. Chuy siempre recordaba como mi hermano lo apoyó para su viaje a Rusia. También cómo, en los momentos más difíciles, lo llegó a hospedar en su casa, recordando siempre a mi sobrino, que con una mirada de asombro veía que un extraño dormía en el sillón de la sala, preguntándole si era amigo de su papá.

También recordaba cuando, en medio de una pinta, fueron todos arrestados por unos policías y subidos a una granadera, con todo y Celso y Celso “chico”, que llegó según él a defenderlos. Todos estos recuerdos que Chuy me contaba fueron reafirmando nuestra amistad y comprobé el gran aprecio que sentía por mi hermano.

Los último diez años fueron cuando nuestra amistad se consolidó. En ese tiempo, tenía y tengo como costumbre ir en las tardes a la biblioteca Capilla Alfonsina, de la Universidad, donde en la sala de historia podía realizar mis investigaciones. En el turno de la tarde, el encargado era Raúl Martínez Salazar, con quien tenía tiempo de llevar una buena amistad. En algunas ocasiones, Chuy concurría a la sala en busca de alguna información, lo hacía de forma rápida y sólo en ocasiones se quedaba a platicar con nosotros. Pero a partir de que su hijo Axel entró a la facultad, alrededor del 2012, empezó a ir con más frecuencia con la excusa de esperar a su hijo. Fue entonces cuando los tres, en un rato de descanso, nos reuníamos para platicar. Para esto, Raúl tenía una cafetera en su oficina y era el punto para nuestras pláticas que en ocasiones se alargaban ante la desesperación de su hijo por llegar a su casa.

En una de las pláticas que teníamos, Chuy comentó que un amigo del barrio había sido nombrado director de la Facultad de Agronomía, que la facultad estaba por celebrar su sesenta aniversario, y que querían realizar un libro conmemorativo. Comenté que Dinorah Zapata ya había realizado varios libros de aniversarios, entre ello a las Facultades de Biología, Matemáticas y Ciencias Políticas. Acordamos realizar juntos el libro, naciendo entre los dos una buena química para trabajar, pues yo tenía el tiempo para investigar o realizar las entrevistas, y él la metodología y los conocimientos sobre la universidad.

A este proyecto, le siguió el de los ochenta años de la Federación de Sindicatos Autónomos, donde su amigo Genaro Leal era el asesor jurídico y, después, el de la

Preparatoria 8 de la Universidad, donde la directora fue su compañera en la facultad. Comento todo esto, porque estos trabajos fueron producto de esa amistad que Chuy sembró en estas personas, amistad de años y que yo podía ver cuando acudíamos a visitarlos para los proyectos. Comprobé cómo el doctor Francisco Zavala, director de Agronomía, lo recibía con un cariño casi de hermano; el licenciado Genaro lo veía como su tutor en su juventud, cuando fue a realizar su servicio social en el Archivo del Estado; y la maestra María de la Luz Tovar, en la Preparatoria 8, lo recibía con un cariño de camarada de mil batallas.

Quiero reafirmar, por último, que Chuy fue un sembrador de amistad, amistad que le dieron una gran cantidad de amigos, quienes ahora, ante su ausencia física, podemos decir como Alberto Cortez: “cuando un amigo se va queda un tizón encendido que no se puede apagar con las aguas de un río”. Hasta siempre querido amigo Jesús Ávila, el último lipán, el que fue eternizado en el cartel de la Imprenta Plata con la frase: “En las manos libres, siempre libros”.

A Jesús Ávila Ávila, *in memoriam*

Arturo Gálvez

Jesús tenía una virtud poco común, era un hombre que sabía escuchar. Era adusto y sobrio, pero con su trato amable y relajado desdibujaba cualquier solemnidad. Incluso, cuando abordabas algún tema de los tantos que le apasionaban sonreía y era capaz de soltar un comentario chispeante con una buena carcajada. Para fortuna mía, la

historia fue el puente mediante el cual construimos nuestra amistad. Desde nuestra perspectiva profesional, conversamos reiteradamente, de que los documentos por sí solos se constituyen en archivos muertos. Pero en las manos nuestras, de quienes hurgamos el pasado, podemos demostrar que no sólo somos capaces de analizarlos y de explicar el presente, sino también podemos convertirlos en instrumentos de liberación.

De igual manera, discutimos la importancia de conservarlos y procurar que el acceso a estos acervos fuese irrestricto, bajo la premisa de que mientras más gente los consultara, habría un mejor conocimiento del pasado. Y, por consiguiente, para quienes detentaran el poder, sin importar el momento o el pensamiento político con el cual se identificaran, disminuiría su tentación por eliminarlos a tergiversar la historia para convertirla en un instrumento de dominación.

La rebeldía que se condensó en aquel 1968, provocó una onda expansiva que alcanzó la siguiente década, en aquellos años turbulentos Jesús estudió su bachillerato e ingresó a la carrera de Historia en la Universidad Autónoma de Nuevo León. En Monterrey, como en otras latitudes, aquellos momentos fueron políticamente intensos por sus luchas, manifestaciones y denuncias. Jesús Ávila, nuestro amigo, más allá de filias o fobias partidistas o ideológicas, supo reinventarse “después de vivir en rojo”. Sus principios más caros los mantuvo y siempre apoyó las causas más nobles.

En cuanto a su compromiso profesional, cuando ingresó al Archivo General del Estado de Nuevo León se colocó en otro mirador y se dispuso a buscar y trazar nuevos senderos a sus inquietudes. A partir de ese momento y

como profesional de la historia, sin exageración, empezó a construir un mejor porvenir para las nuevas generaciones. Para ello le fue preciso armarse de paciencia para complementar su formación de historiador con la archivología, la cual logró sobre la marcha con humildad y rapidez al lado de los trabajadores más modestos de la misma Institución, de algunos de sus funcionarios, de sus colegas y de aquellos visitantes asiduos capaces de compartir su conocimiento.

Como historiador y archivista, sin las bondades de las herramientas de la informática y sus programas, invirtió muchas horas de trabajo y dedicación que implicaban las anotaciones con lápiz, los papelitos, los cuadernos y los archiveros, entre otras cosas. Fue así como creció su conocimiento y sensibilidad para organizar los documentos. Me platicaba con vehemencia una y otra vez, que conservarlos era bueno pero no era suficiente, urgía darles vida colocándolos a disposición del público en general y fomentar su consulta.

Esto, quizá lo sabíamos todos sus amigos y quienes suelen hurgar en ese inmenso mundo de “papeles”, pero es importante que se conozca. Jesús fue un testimonio vivo de cuan venturoso puede ser el resultado de la combinación de ambas disciplinas, porque dejó constancia de ello en la elaboración de valiosos catálogos y también con sus investigaciones históricas en textos publicados. Su rigurosidad en el análisis de cuantos temas abordó y el decoro con el cual cuidó su prosa entre otras tantas responsabilidades, quizá fueron un factor que lo limitó de ofrecernos muchos otros textos de sus investigaciones y valiosos hallazgos en ese “mundo de papeles”.

De manera tardía supe de su simpatía por las culturas indígenas, quiero creer que quizá constituyó un elemento más en la búsqueda de su identidad; o bien, tenía conocimiento de alguna raíz consanguínea en su árbol genealógico. Este rasgo suyo y el momento que Jesús vivió en rojo, pese a no habérselo expresado, esa su experiencia la asocié a la *Novena sinfonía del Nuevo Mundo* de Antonín Dvoák. Aquel brillante compositor checo, cuando llegó a los Estados Unidos de América a dirigir el Conservatorio de Nueva York, elaboró aquella pieza sin olvidar sus orígenes, pero rescató e incorporó notas de música de las tribus originarias y también de los esclavos negros. El resultado de esa composición fue la reinención de Dvoák, porque le dio vida al pasado, al presente le dio fuerza y mostró cuan promisorio podía ser el futuro.

Desde 1982, año con año vengo a consultar el Archivo General del Estado de Nuevo León y aprovechaba para saludar y platicar con Jesús Ávila, quien con un gran entusiasmo me narraba algunos de sus hallazgos y novedades. Su ausencia deja un hueco enorme, pero tengo la certeza de que lo encontraré en los jóvenes que directa o indirectamente fueron formados con los principios en los cuales Jesús abrevó y trasmitió a las nuevas generaciones que emergen. Por lo tanto, ellos procuraran que nuestros archivos públicos sigan nutriéndose de las experiencias pretéritas, para que quienes las lean y analicen, adviertan de las piedras con las cuales nunca se debe volver a tropezar.

Estos nuevos archivistas e historiadores, son quienes impedirán actos como el del diputado Diego Fernández de Cevallos, quien exigió en 1999 que las actas de una

jornada electoral polémica -y en ese saco también caben los archivos públicos- se destruyeran y así lo argumento:

Nadie podría beneficiarse con escudriñar papeles que nada dicen y menos significan, (mi partido) acepta que se destruyan esos míticos documentos; y, que esos cientos de toneladas de papel, se procesen, se reprocesen y se regeneren, como proclamamos que se regenere la vida pública de México.

Jesús Ávila sabía que ninguna sociedad puede regenerarse sin antes reconocer sus aciertos y errores pretéritos, de ahí la importancia que le daba a los archivos históricos.

“Un gran legado está en nuestros corazones...”

Juana Margarita Domínguez Martínez

Se puede vislumbrar mucho de su legado: su sencillez para pedir comentarios de un trabajo suyo a una colega, su generosidad para enseñarnos la importancia de la investigación en la escritura del texto histórico, su valentía por defender las ideas y ser congruentes con nosotros mismos, su paciencia para darle forma perfecta a un escrito y, por supuesto, su lenguaje particular y sencillo.

Hablar de un solo legado de Jesús Ávila, es quedarnos cortos, porque todo aquél que le conocía, aprendía muy pronto que tendría en él a un amigo, a un compañero de lucha, a un camarada. Y, por lo tanto, se iniciaban, desarrollaban y concluían exitosamente muchos proyectos.

Prueba de ello es la extensa lista de publicaciones, ponencias, congresos, charlas etc. en las que participó.

Su sencillez en el vestir reflejaba la misma llaneza de su ser. Lo mismo se identificaba con un obrero, que con un campesino o intelectual. Parecía que su forma de vestir lo preparaba para la jornada diaria, no importaba de que naturaleza fuera.

Cada día, Ávila llegaba a su trinchera dispuesto a defender lo que parecía indefendible: lo mismo los archivos que la Historia, la investigación que los libros, las mujeres que los hombres, la educación, etc.

Así como lo hizo su admirado Gerónimo, cualquier causa que él consideraba justa la defendía. ¡Cuántas veces no levantó la voz para defender a un amigo!

Además de todo lo anterior, Jesús Ávila también inspiró a muchos de los estudiantes de Historia, investigadores y archivistas en el compromiso y en la lucha. Cada uno de sus amigos podemos atestiguar que más de una vez acudimos a Jesús Ávila para contarle nuestras cuitas archivísticas o históricas y él siempre nos apoyó.

Con la ausencia física de Jesús Ávila se han quedado muchos planes sin hacerse, como el de rescatar la Memoria roja de Monterrey o el Archivo de la lucha social de los sesentas y setentas. También se quedan muchos cafés sin degustarse, muchas pláticas sin hacerse, muchas llamadas que ya no serán contestadas. Ahora permanece una trinchera sin uno de sus mejores soldados. Pero sus compañeros de lucha apoyaremos siempre y seguiremos la lucha que enarbó Ávila.

Te extrañamos mucho Jesús Ávila. ¡Te extrañaremos continuamente!

Y como se canta en la música de protesta:

¡Hasta siempre camarada Jesús Ávila Ávila!

Jesús Ávila: guía del archivo, compañero de historia, asador de carne

Michael Snodgrass

Llegué a Monterrey por primera vez en 1995 en busca de la historia. Yo era un estudiante de posgrado de la Universidad de Texas, y vine a investigar para mi tesis de doctorado. Mi gran amiga y compañera de historia, Lydia Espinosa, me ayudó a buscar vivienda y luego me condujo al viejo AGENL subterráneo, y me presentó a Jesús Ávila. Él iba a ser mi guía no sólo por el archivo, sino también por la cultura regiomontana y por muchos aspectos de la historia mexicana. Pero al principio, él y yo nos conectamos por un gran interés compartido en una historia singular: la de la clase obrera regiomontana, especialmente los trabajadores de la Fundidora y su historia de lucha sindical.

Jesús, en su papel profesional, me introdujo al rico (y único) archivo de la Junta Estatal de Conciliación y Arbitraje. Él también me presentó a jóvenes archivistas como Óscar Ávila, que estaban salvando y arreglando los documentos, fotos, y periódicos en el naciente Archivo Histórico de la Fundidora de Monterrey. Y fue Jesús quien me puso en contacto con varios extrabajadores de la Fundidora, quienes resultaron ser fuentes esenciales para mi investigación histórica.

Veinte años después, el resultado de su profesionalismo y compañerismo estaba a la venta en el Museo de Historia

Mexicana, un libro publicado por Cambridge University Press y luego por el Fondo Editorial de Nuevo León, titulado “Deferencia y Desafío en Monterrey: Trabajadores, Paternalismo, y Revolución en México”. Aquella investigación fue posible gracias a muchos archivistas. Pero ninguno de ellos me ayudó a formarme como investigador, autor, y educador como Jesús Ávila.

Chuy fue más que un archivista en el sentido común y profesional, porque era un hombre generoso y, como recién me recordó mi colega, la historiadora de la UNAM Irina Córdoba Ramírez, Jesús fue “una persona que tejió redes”. Por ejemplo, la primera vez que entrevisté a ex luchadores sociales de la Fundidora, como Aurelio Arenas, fue en la oficina de Jesús. Luego, al llegar el 2007, yo empecé a investigar un nuevo tema de historia mexicana, el de los migrantes braceros, desde Guadalajara. Irina llegó al AGENL también para investigar el programa bracero para su tesis de doctorado y fue Jesús quien nos puso en contacto. Ella y yo seguimos colaborando para avanzar la historiografía, para que se centrara mejor en las vidas y en el impacto de los migrantes.

Jesús fue para mí tanto un maestro como un ejemplo vivo de la historia mexicana moderna. Como muchas familias regias, la suya tenía raíces en el estado de Zacatecas. Y la primera vez que yo escuché de una *hometown association* fue cuando Jesús me comentó de su orgullosa participación en su club de zacatecanos. También fue un ejemplo vivo de la historia de los movimientos militantes de los años setenta. Fue por él que yo conocí a activistas que habían fundado el movimiento popular (y hoy colonia) Tierra y Libertad. Jesús fue para mí un maestro de historias secretas de la política radical

en lo que yo había presumido era un Monterrey eternamente conservador. Y claro que Jesús vivía la historia de aquellos años de militancia.

Siempre me encantaba escuchar de sus experiencias como estudiante internacional en la famosa Universidad Rusa de la Amistad de los Pueblos (alias Patricio Lumumba). Allá en un Moscú lejos y ciertamente frío, Jesús estudió la historia latinoamericana con el reconocido profesor Anatol Shulgovski (experto en el cardenismo). Pero creo que la experiencia abrió sus ojos al comunismo estilo soviético.

En las noches, los estudiantes de México, Sudamérica e Italia leían y discutían a Antonio Gramsci, un acto medio subversivo para los oficiales rusos. Y a Jesús llamó la atención el hecho de que ellos, como estudiantes internacionales, tenían acceso a las *dollar stores* igual que los turistas y oficiales corruptos. Pero, como me recordó Jesús, era una manera de conseguir licores y cigarros “occidentales”, para compartirlos luego con las universitarias rusas. Se llama la solidaridad internacional.

Para mí, como historiador norteamericano, todos estos capítulos de la vida de Jesús me ayudaron entender y luego enseñar la historia mexicana. Pero mis recuerdos más profundos de Jesús tienen que ver con la cerveza, la carne, y el fútbol. Nos pasamos unas buenas noches tomando chelas frías. Él siempre me invitó a su casa para una rica carne asada. Y fue Jesús quien me convirtió en aficionado de sus queridos Tigres. Fuimos a varios partidos allá en el Estadio Universitario, incluso el lamentable Clásico del descenso a manos de los Rayados

en 1996. ¡Qué milagro que Chuy vivió para experimentar el gran resurgimiento de los nuevos Tigres!

La próxima vez que regrese a Monterrey, voy a ir directamente al lugar de nuestro último encuentro: el Sierra Madre Brewing Company, cerca de mi vieja residencia en Mitras Sur. Voy a comer una carne asada y tomar una chela en honor de Jesús. Y recordaré una expresión famosa que aprendí de mi esposa iraní. En Farsi, anuncian la ausencia de alguien querido con *jaye shoma khali*, que literalmente quiere decir: “tu lugar está vacío”. En inglés decimos: *Wish you were here*. ¡Que descanses en paz, compañero!

Jesús Ávila en la casa de la memoria nuevoleonesa

Jaime Treviño Héctor Villarreal

No hay futuro vivo con pasado muerto.
Sin memoria histórica no hay destino seguro.

Carlos Fuentes

Recordar a personas que se significaron por sus aportes a la comunidad es un deber ineludible, es así como se enaltece a hombres y mujeres distinguidos en las diferentes facetas de la vida; a través de la historia, algunos han hecho profesión de fe en la milicia, política, otros en el campo de las letras, artes, deportes, beneficencia, en la creación y conducción de empresas e industrias o al sobresalir en el campo de su especialidad.

La cotidianidad impone sus reglas, el ajetreo diario se limita en muchas ocasiones a la simple aventura de lograr la supervivencia para sí y los suyos, sin embargo, hay

personas deseosas de salir de la rutina, la monotonía y se lanzan en busca de la satisfacción espiritual con el deseo de conocer más, de ser más, tal vez sin tener como meta la trascendencia, que veleidosa llega sola y como justo premio, a quien se ha significado por su contribución a la comunidad.

Algunos de estos personajes ocuparon las páginas de los periódicos, fueron la comidilla del día en el cotarro político o gozaron de la gloria del reconocimiento a su talento artístico o deportivo; otros, poco a poco, fueron cincelandos su nombre en la superficie pétrea de una sociedad a veces incomprensiva, donde la desmemoria supera en mucho al recuerdo y a la gratitud.

Labor noble y callada es la realizada por los archivistas y es en este campo donde nuestro compañero Jesús Ávila Ávila por más de tres décadas dejó huella indeleble de su actuar en el Archivo General del Estado de Nuevo León. Llegó al viejo repositorio de Washington y Dr. Coss, fue partícipe del traslado al primer edificio creado exprofeso para un archivo en México, ubicado en el cruce de las calles de Zaragoza y Juan Ignacio Ramón, luego dejó su impronta en el bello inmueble de la Casa de los Ladrillos Rojos en el Parque Fundidora y finalmente participó en el nuevo Campus Archivístico de la Colonia Linda Vista, el único de los archivistas nuevoleonenses que estuvo en las cuatro sedes.

Ávila fue defensor acérrimo de los archivos, participó en el rescate del de Fundidora, de algunos archivos municipales y aun en el mismo AGENL, cuando le ordenaron destruir el archivo de la Policía Judicial que contenía los documentos de la guerra sucia, hábilmente los distribuyó en otras secciones y a dicha acción debemos su salvamento.

Se forjó como historiador en ese crisol que es el Archivo del Estado, publicó sus artículos, folletos, libros, participó en investigaciones colectivas como la Historia de Lampazos, N. L., el Diccionario Biográfico de la Revolución Mexicana en Nuevo León, Semanas de la Historia, Cuadernos del Archivo, Juego Educativo El Cíbolo, en fin, en todas las acciones épicas del Colectivo de Historia.

Cuántas y cuántas anécdotas y aventuras en el peregrinar con la bandera archivística en esa noble y callada labor, luchar contra incomprensiones, sufrir a funcionarios con aridez cultural, darle voz a los sin historia, rescatar personajes del olvido, pugnar por valorar a nuestras etnias norestenses, de Ávila es la frase “Orgullosamente bárbaros” acuñada para un altar de muertos dedicado a las etnias que deambularon en nuestro territorio. Enmarcó su oficina con una gran fotografía del apache Jerónimo como símbolo de rebeldía y de resistencia.

Hoy, con profundo dolor recibimos la noticia de la partida del último de los lipanes, del Mandela de los Archivos, del amigo, compañero, consocio, maestro, fiel guardián del patrimonio documental, impulsor del reconocimiento a la Batalla de Monterrey, junto con Pablo Ramos, Ahmed Valtier y otros personajes, animador de los congresos sobre patrimonio industrial, asistente habitual a la mesa de Los Martianos...

Tantas y tantas palabras de reconocimiento podemos escribir sobre Jesús Ávila Ávila. Cumplió con creces su labor archivística e historiográfica... ¡Ávila, extrañaremos tu presencia física, pero te recordaremos siempre!

Con leña de mezquite

César Morado Macías²⁵

Como si llegaran a buen puerto mis ansias,
como si hubiera dónde hacerse fuerte...
Ven a poblar el zócalo de ojos,
ponle al sordo voz y alas al cojo...

Canción "Como un dolor de muelas"
[Joaquín Sabina/ Subcomandante Marcos]

Primer tiempo

El lugar se llama Los Portales, se ubica en el centro de la ciudad de Veracruz, sitio obligado para los turistas donde calman el calor y la sed. Sabedores de que el hambre es canija, pero más pa'l que la aguanta. Nos apostamos en una de las mesas y empezamos a combatir la sed y el sofocante calor del puerto mientras la noche avanzaba.

Llegó un momento en que el espacio de la mesa fue insuficiente para albergar los envases. Al calor de la música y del bullicio del puerto, el más estridente de los acompañantes le exigió al grupo de fara fara que amenizaba: *¡échate el corrido del general Jesús Ávila!* El acordeonista titubeó, pero siguió maniobrando su acordeón de botones, como buscando los acordes, recordando la letra. La respuesta nos sorprendió y nos tumbó de la risa: *"yo sí me lo sé, pero al de la guitarra se le olvida."*

Sucede que este amante de los corridos está cumpliendo sesenta años de edad y treinta de laborar en el Archivo

²⁵ Discurso pronunciado en el homenaje a Jesús Ávila Ávila, rendido por la Universidad Autónoma de Nuevo León durante la Feria del Libro UANLeer el 15 de marzo de 2015.

General de Nuevo León. Nació en 1955 en Nochistlán, al sur de Zacatecas, lugar fundado en 1532, mucho antes que Monterrey –nos presume– y donde además fue fundada por primera vez la ciudad de Guadalajara, para luego ser trasladada al valle de Atemajac. Un lugar que por su riqueza histórica ha sido declarado recientemente pueblo mágico y al que nuestro homenajeador ha visitado recientemente.

El origen del nombre. Seguramente ustedes en algún diccionario biográfico han visto a un tal J. Jesús Ávila Ávila. No conocemos bien a bien la verdad, pero nació el 23 de marzo en el seno de una familia católica, día en que se celebra a San José Oriol, santo católico del siglo XVI, de nacionalidad española. Nosotros creemos que esa J es de José, aunque habría que preguntarle al oficial del registro civil. Posteriormente la familia Ávila, como muchas, se trasladó a Monterrey.

Creció en la colonia Moderna, barrio de sugestivo nombre, que nucleaba numerosos migrantes de San Luis, de Zacatecas, de Coahuila. En ella se instaló una peluquería, atendida por sus hermanos, punto de socialización y de discusión de las ideas imperantes e imperiales. Pasarela de los personajes más disímbolos del barrio. De niño nunca se quejó de los baches, los charcos de su calle fueron motivo de fiesta en el barrio, nada más emocionante que saltarlos. Estudió en la escuela pública y estrenó los libros de texto gratuitos, que luego investigará como historiador. Practicó el fútbol, y pronto se dio cuenta de que no sería el Garrincha que el mundo esperaba, pues en el intento se rompió una pierna. Sus pies descalzos corrieron por la calle que se fue ampliando. Un día llegó hasta Leningrado. Eran los tiempos de un mundo bipolar

y la opción socializante era la utopía de los jóvenes. Aquí tenemos –en la audiencia– algunos, ahora menos jóvenes.

Recordemos que Ávila nació en 1955. El año en que nació, Juan Rulfo publicó *Pedro Paramo*; Navokov, su legendaria *Lolita*; Marcuse editó *Eros y Civilización*; y en los cines se estrenó *Rebelde sin causa*. Ávila sería más bien rebelde con causa. Con diferencia de dos años, bien podría cantar el desencanto de una generación: *Yo también nací en el 53, como tú crecí con el yesterday, no me pesa lo vivido, me mata la estupidez de enterrar un fin de siglo distinto del que soñé.*

Segundo tiempo

Al retornar de la utopía. El retorno a casa con todo. Emergen las preguntas. *¿Quién me ha robado el mes de abril? ¿Cómo pude sucederme a mí?... lo guardaba en el cajón, donde guardo el corazón.* Pero Ávila había olvidado ya el catecismo de la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora: *Ahí donde estuviese vuestro tesoro, ahí estará también vuestro corazón.* A esa altura del partido el problema son los besos que no has dado y más para Ávila, un abrazador por antonomasia, hombre al que hay que avisarle si andas enfermo de la espalda antes de saludarlo. Algunos ya no estaban para recibir los abrazos. Y ahora: *¿Adónde ir cuando no quedan islas para naufragar?*

Tiempo de reinventar el universo emotivo. Unos amigos estaban en la cárcel, otros en el gobierno que antes combatían. Tiempo de sentar cabeza, fundar una familia. *Ella de pidió que la llevara al fin del mundo. El puso a su nombre todas las olas del mar.* Del árbol plantado han

nacido dos ramas y nacerán otras para preservar la estirpe. Tiempo de que el vaquero urbano se convierta en cocinero con leña de mezquite.

A lo largo de su vida ha combinado dos facetas: la de archivista y la de historiador. Quizá es la primera la que más disfruta. Siempre llega puntual al trabajo, hasta en los lunes difíciles, cuando sus queridos Tigres han sido vapuleados y arrecia la carrilla laboral. Conoce que los archivos reúnen el ADN de los pueblos, resguardan lo mejor y lo peor de las sociedades a lo largo del tiempo. Constituyen auténticas cápsulas del tiempo abiertas a todas las épocas; por tal carácter los archivos fueron durante tiempos antiguos para el uso de la clase sacerdotal o dirigente; recordemos cómo en *El nombre de la rosa*, la novela de Eco, el protagonista descubre que los crímenes obedecen a la existencia de un libro envenenado, el libro segundo de la poética de Aristóteles.

Como archivista, Ávila ha sido autor de por lo menos 5 catálogos; quizá el más complejo ha sido *Papeles que hablan de la guerra*, donde se reseñan en 2 mil 500 fichas los documentos relativo a lo ocurrido en Nuevo León durante la Guerra México- Estados Unidos. Está publicado en tres tomos y reúne documentos de 10 archivos. Nada más complicado y doloroso que estudiar la guerra. La descubrimos en toda su crudeza. *Sólo le pido a Dios, que la guerra no me sea indiferente, es un monstruo grande, pisa fuerte...* (León Gieco).

Actualmente, Ávila es coordinador de Archivos Contemporáneos. Por su tarea de archivista ha recibido el más alto reconocimiento que otorga el gobierno mexicano, a través del Archivo General de la Nación: la Mención Nacional al Mérito Archivístico. Ha participado en el

rescate de archivos municipales y brindado capacitación a otros colegas del sector público. Hace unos meses brindó capacitación a un grupo de 170 enlaces de transparencia, es decir, a colegas archivistas que manejan archivos en 170 direcciones del gobierno estatal. Su trabajo no se restringe sólo a los acervos que ya están en la sede de Juan Ignacio Ramón, sino a orientar sobre el manejo de documentos en todo el gobierno estatal.

Se trata de una tarea, ingrata, incomprendida y casi siempre a cuesta arriba, pues los altos funcionarios siempre han sido fieles a la filosofía de corte bronquista: que no quede huella, que no, que no. Mucho antes de que llegaran los tiempos de la transparencia y la rendición de cuentas, Ávila ya había sido ponente en numerosos congresos nacionales de archivos planteando una demanda histórica: *abrir los archivos a los ciudadanos*.

Por años no hubo respuesta; el argumento estatal era que sólo debían consultarse los documentos históricos, es decir los que tuvieran más de treinta años de antigüedad. Hoy, gracias a la tarea de muchos archivistas como Jesús Ávila, los archivos contemporáneos son de carácter público, excepto cuando son reservados o confidenciales, pero no llega al 5 por ciento del universo de la información. Una de sus contribuciones es haber salvado de la picota los archivos judiciales de la época de la guerra sucia en Nuevo León. No obstante haber recibido orden superior de destruirlos, logró preservarlos y ponerlos a disposición de la Comisión de la Verdad, misma que se constituyó para investigar estas heridas abiertas de la vida política de México. Recientemente participó en la comisión redactora para una Ley General de Archivos, que le urge a Nuevo León.

Como historiador, destaca su participación en el *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución*, en la obra *Los municipios de Nuevo León*, en un buen libro sobre la historia de Lampazos, municipio del que es devoto visitante; y recientemente, en una historia de la Facultad de Agronomía.

Una de las cosas destacables en Ávila es su pasión para disfrutar los fenómenos del mundo. Valorar lo mismo el amanecer junto al Cerro de las Mitras, o un ocaso bajo una nieve cubierta de Praga. Lo mismo el Archivo Municipal de Abasolo, que la riqueza documental de la Biblioteca Nacional de Francia, paradigma del archivo moderno en occidente. Disfrutar del instante como si se tratara de una cotidianeidad encomiable.

El alargue

En la jerga futbolística el tiempo de compensación es para recuperar el tiempo que se perdió. El tiempo desperdiciado a lo largo del juego. Es el tiempo más tenso y definitorio. Los jugadores se esfuerzan al máximo para alcanzar los goles que no metieron en el tiempo regular. En el caso de Ávila, no sólo queremos que viva con intensidad el alargue, queremos que el partido de su vida se vaya hasta los tiempos extra, incluso hasta los penales, peleando por la vida, o mejor aún, asumir que la eliminatoria es a dos juegos, que sólo ha vivido hasta ahora el partido de ida, que faltan todavía los 90 minutos del partido de vuelta y que será aún mejor, pues se juega de local, se juega en casa.

Debemos estar tranquilos, apenas son tus primeros 60 años y como dice Sabina, *el traje de madera que estrenará*

no está siquiera plantado, el cura que ha de darle la extremaunción no es todavía monaguillo. En síntesis, tenemos todavía mucho que celebrar. Tenemos archivos, ¡Cuba sí-yanquis no!, tenemos memoria, tacos de La Mexicana, dolores de muela, máquinas 501 que corren por Sonora; tenemos gambetas, Lennon y McCartney, acordeón de botones, torres de babel, plaza de Colegio Civil, cenizas de revoluciones, ¡en-manos libres-siempre libros!; tenemos Penélopes y quirófanos; tenemos familia; tenemos amigos.

Hacemos votos para que Jesús Ávila siga cabalgando su ‘Siete Leguas’ imaginario, rumbo a la Mesa de Catujanes, poblada de leyendas y mezquites, alimentándose por el camino de pinole y carne seca, como sus abuelos chichimecas, como el último de los lipanes.

Después de vivir en rojo

Jesús Ávila Ávila²⁶

A Artemio Benavides Hinojosa, Leticia Martínez Cárdenas y Agapito RenovadoZavala: en memoria.

Buenos días a todos ustedes. En primer lugar queremos dejar constancia de gratitud al rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, doctor Jesús Ancer Rodríguez, al secretario de Extensión y Cultura, licenciado Rogelio Villarreal Elizondo y al director de Publicaciones, Celso José Garza Acuña.

²⁶ Discurso pronunciado en el homenaje que el autor recibió el 15 de marzo de 2015, en la Feria del Libro UANLeer.

Por otra parte, sería a todas luces irresponsable e insensible, dejar pasar la ocasión sin rendir tributo al espléndido y señorial edificio, sede de este evento: el Colegio Civil, saludamos a todos los protagonistas que hicieron posible dignificar este histórico recinto. Enhorabuena por nuestra máxima Casa de Estudios y por nuestro entrañable Colegio Civil.

Por cierto, recuerdo la primera vez que arribé a esta centenaria institución educativa y cultural: fue en 1970; ese año acudí a presentar mi examen de admisión para ingresar a alguna preparatoria universitaria, que sería la legendaria Prepa 8.

Antes y también después de realizar este requisito, tuvimos que sortear innumerables obstáculos en frenética y agitada carrera para salvar la preciada cabellera de las hordas de prepos con vocación de comanches. El movimiento democrático universitario por la Reforma y Autonomía a fines de la paradigmática década de los 60's e inicios de los 70's, tuvo como trinchera y bastión este edificio, en ese entonces asiento de las preparatorias 1 y 3. La plaza del Colegio Civil fue durante muchos años centro de reunión de la disidencia social y política. Fue bautizada con el virtuoso título de La Plaza Roja por la dirigente comunista, Lucilda Pérez Salazar y el Dios Bola cómplice, guardó silencio complaciente ante el arrebato contestario.

Fueron épicas jornadas: ¡Años de furia!, resumió mi amigo el historiador Óscar Flores, pero también de esperanza y sueños libertarios con el que creíamos pronto advenimiento del alba roja: ¡En manos libres, siempre libros!, fue la consigna panfletaria que intentaba exorcizar a los demonios de la intolerancia y el autoritarismo.

Cuando ingresé al Archivo General del Estado, después de vivir en rojo vibrantemente una parte de nuestra existencia, allá por los setentas y principios de los ochentas de la centuria pasada, en las filas del proverbial e histórico partido de la utopía: el de la hoz y el martillo.

He de confesarles que nunca me vi en este estrado ni en una situación semejante, y esto lo decimos sin falsas poses de humildad, porque nunca nuestros afanes historicistas ni archivistas han estado orientados a la búsqueda compulsiva de fama ni de reflectores, porque lo modestamente realizado ha sido posible, gracias al generoso techo profesional y laboral del AGENL, institución a la que llegué de la mano de Irma Ponce Martínez, en el mítico y orwelliano año de 1984, donde Leticia Martínez Cárdenas nos abrió las puertas y desde allí, al lado de los colegas y amigos Héctor Jaime Treviño Villarreal y César Morado Macías, emprendimos múltiples cruzadas quijotescas y proyectos en que caminamos por la geografía política estatal y del país, no exento el camino de desencuentros y a veces de ásperos encontronazos, en aras de transformar, modernizar la realidad y cultura archivística en pro de la preservación y conservación de la memoria, por la salvaguarda del patrimonio documental de Nuevo León; además, de incontables batallas por la historia y su difusión.

Cuando algún colega me ha cuestionado cómo nació nuestro interés por la historia, respondo que en la muy temprana niñez; la escuela primaria a la que asistía, profesora Delfina L. Flores, en la Colonia Moderna, al nororiente de Monterrey, donde degusté los patrióticos desayunos escolares por veinte centavos de los de cobre; la escuela, el barrio donde vivía y nuestros padres, fuimos

sacudidos por la estridente campaña demagógica orquestada en contra de los libros de texto gratuito.

Los nobles propósitos del régimen lopezmateísta por intentar abatir el rezago educacional, con especial dedicatoria a la niñez de escasos recursos, se toparon de pronto con una singular atalaya montada en contra de lo que círculos prominentes conservadores consideraron como un gradual proceso de bolchevización de la niñez. Este acontecimiento quedó grabado en mi memoria y muchos años después escribí a propósito: *¡En Manos Libres, Siempre Libros!*

Otro factor que influyó en mi gusto por la historia, fueron las interminables tertulias y veladas políticas, donde parroquianos y amigos de mis hermanos mayores, Luis y Antonio, en la tradicional peluquería del barrio de Magnolia 2069 –en la citada colonia– debatían jugando dominó, en una atmósfera cargada de humo y de ideas sobre Juárez, la Reforma y la Revolución Mexicana; Villa, Zapata, Lázaro Cárdenas y la omnipresente Revolución Cubana; ignoro cómo sufragaban con los modestos ingresos percibidos del corte y retoque de cabelleras, la revista *Siempre!*, que nunca faltó como lectura.

Amenizaba al cotarro en sus candentes discusiones, la escucha con atención en un viejo radio Motorola, cerca de la medianoche, de la emisión en onda corta desde el “Primer Territorio Libre de América Latina”, una señal transmitida desde la Habana, Cuba. Por cierto, recuerdo que Fernando Garza, padre de la historiadora Valentina Garza, animaba las discusiones.

Luis, mi segundo padre, fue un recalcitrante jacobino, por la gracia de Dios, de espíritu justiciero, de un gran corazón, generoso, vocero –oficioso– en el barrio de la

Revolución Cubana y del cardenismo de Lázaro. Murió en Houston, Texas en el año dos mil, a punto de jubilarse como trabajador en las vías ferroviarias de esa ciudad. Antonio aún ejerce el oficio, sin dejarse vencer por el cansancio y por el tiempo, sin claudicar del espíritu de aquella época, muchas veces acompañado de viejos amigos, en coloquio permanente, en la peluquería El Gol, o en alguna añosa taberna de raciones espléndidas de botana.

En la Secundaria Número 12, doctor Gabino Barreda, de mi admirada y ejemplar directora Ernestina Garza Reyna, mi profesor de Civismo, Heriberto Guajardo (primo por cierto, del secretario de Economía Ildefonso) terminó de moldear nuestra ya configurada vocación por la disciplina de la Historia, donde pasábamos revista a los temas candentes de la época, en el Año síntesis de la centuria, reflejo de todo un siglo: 1968; así como la muerte del Che Guevara, el 9 de octubre de 1967, en Bolivia, símbolo de rebeldía, de solidaridad y de altruismo. La juventud de los 60 y por muchos años se identificaría con el pensamiento del Che, el Mayo francés y los graffitis en los muros parisinos que reflejaban el espíritu de esta rebelión juvenil: “Prohibido prohibir”.

Seamos realistas: ¡exijamos lo imposible!; la primavera de Praga y su aplastamiento por tropas y tanques soviéticos a nombre del Pacto de Varsovia: Para el socialismo realmente existente no había lugar para un socialismo de rostro humano, esencia de las reformas de Alexander Dubcek, jefe del gobierno checo y secretario general del Partido Comunista; las protestas por Vietnam, el movimiento hippie y el festival de Woodstock; el México de Tlatelolco; esos asuntos, entre otros, constituían los

contenidos académicos de mi clase de civismo, entre 1967 y 1970.

En el fondo, la explicación de la inconformidad y las protestas que sacudieron a las universidades públicas y privadas consistía en el deseo de pensar de un modo diferente, las ganas de vivir de una manera distinta, la necesidad de discutir y [sobre todo] la voluntad de disentir. Empero, el contexto de estas inquietudes fue la paradigmática e histórica década de los 60. Mis hijos Axel y Jéber no conocieron este periodo crucial, pero creo que quizás sus descendientes vivirán algún día una época mejor. A ellos y a mi esposa, Lucy González, les corresponde una gran porción del reconocimiento recibido.

Esta distinción inmerecida la recibo con gratitud y respeto a la UANL, nuestra Alma Mater y como una muestra de reconocer el trabajo discreto y (casi) anónimo de mis compañeros del Archivo General del Estado, en particular de su pie veterano. Mi gratitud por siempre al AGENL a Leticia Martínez Cárdenas, Artemio Benavides Hinojosa, Agapito Renovado Zavala, César Morado Macías, Héctor Jaime Treviño Villarreal; al maestro don Israel Cavazos Garza y al doctor Romeo Flores Caballero, quien procura colocar al archivo más allá de los umbrales del Siglo XXI.

Gracias.

3. MEMORIA*

Descubrirán investigadores a Naranjo en 333 documentos

Mario Núñez²⁷

El catálogo y descripciones de 333 documentos en torno a propiedades, transacciones y otras negociaciones realizadas en la región por el general Francisco Naranjo de 1815 a 1936, acaba de ser concluido por el archivista Jesús Ávila Ávila y editado por la Coordinación de Publicaciones y de Proyectos Especiales.

El documento que ya está disponible como auxiliar de consulta en el Archivo General de Nuevo León (AGENL) servirá principalmente a los investigadores interesados en los estudios socioeconómicos del Noreste, región donde Naranjo fue uno de los principales caciques junto con su compañero de armas Gerónimo Treviño (así lo escribía él). Los documentos del hombre que llegó a poseer 850 mil hectáreas en Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas -sus años más fructíferos fueron de 1876 a 1885- hasta hace pocos años estaban en poder de la familia y

* Este apartado está organizado a partir de una serie de notas periodísticas y entrevistas sobre la labor de Jesús Ávila como historiador (nota del editor).

²⁷ Nota publicada en: *El Porvenir*, 27 de mayo de 1992. Monterrey, México, p. 2 (sección cultural).

posteriormente fueron donados al archivo de J.I. Ramón y Zuazua.

“El catálogo explica cómo están organizados los documentos para que el investigador obtenga la fuente directa” dice el que trabajara 6 meses en la elaboración del trabajo. Entre los documentos más importantes que tiene el archivo del general que apoyara la llegada de Porfirio Díaz al poder, Ávila Ávila nombra al informe que hiciera el empresario inglés Chas Grasswell en 1891, donde comenta a las compañías de su país -interesadas en invertir en México- los atributos del noreste mexicano. “El Gral. Naranjo, propietario de esta gran porción de tierra, es uno de los más prominentes generales del Ejército Mexicano y tiene íntimas relaciones de amistad con el presidente Díaz...” escribe Grasswell.

Otros escritos relevantes son el informe del alcalde de Mier, Tamaulipas, en 1851, donde habla de la participación de su pueblo en la guerra de independencia y una sección de planos de ranchos y haciendas, elaborados por el ingeniero y profesor Miguel F. Martínez. Naranjo nació en Lampazos en 1839. Desde muy joven intervino en campañas contra indios, participó en la toma de Monterrey con las fuerzas de Santiago Vidaurri. Durante 1862 y 1863 en la Intervención francesa, combatió a las fuerzas de Forey. Desde 1885 se enemistó con el presidente Díaz por lo que Bernardo Reyes llegó aquí respondiendo a la petición presidencial. Muere en 1908 y las compra y venta de sus propiedades continúan hasta 1936 en manos de su familia.

“No hay referencias personales del general, pero hay utilidad en los documentos para quien se interese en la vida socioeconómica del noreste por aquellos años”

advierte el autor del volumen de 55 páginas. Ávila también realizó el *Índice de correspondencia de Guerra y Marina* y colaboró en el *Índice de la Junta Local de Caminos*.

Jesús: en el jardín idóneo

Daniel de la Fuente²⁸

Nacido en Zacatecas, como muchas familias, la de Jesús Ávila Ávila se trasladó de Nochistlán a Monterrey para buscar un mejor horizonte. Encabezada por un hombre que fue bracero en los campos de Oregón, la familia del actual jefe del acervo administrativo del Archivo General del Estado llegó a una casa de apenas tres cuartos en los que siempre hubo espacio para ocho hermanos, los padres, una peluquería, una zapatería y hasta para visitas.

“Fue un acto heroico vivir en aquel espacio”, sonrío Jesús, de 54 años, carácter afable y sereno, y quien se interesó por los fenómenos sociales al escuchar a sus hermanos mayores conversar sobre la Revolución Cubana. Empeñado en el progreso, entró a la Facultad de Leyes, pero fue en vano. Lo suyo era la historia. Por ello, al enterarse de la existencia de la licenciatura en esa materia, en la Facultad de Filosofía y Letras, se inscribió y fue feliz.

²⁸ Nota publicada en: *El Norte*, 12 de septiembre de 2010. Monterrey, México, p. 18 (sección: Vida).

“Estar ante la historia de México, la de Estados Unidos, la del mundo, fue un encuentro afortunado, enriquecedor”, dice. Empeñoso, Jesús combinó los estudios con trabajos diversos, lo mismo en fábricas que de jardinero. Alguien le habló después del Archivo General del Estado y fue a pedir trabajo en 1984. “¿Te gusta leer?”, le preguntaron y enseguida supo que había llegado al jardín idóneo.

Su primer libro fue *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*. A partir de allí, ha publicado biografías, investigaciones sobre educación, monografías, compilaciones archivísticas. La más reciente es *Papeles que Hablan de la Guerra Nuevo León (1835-1848)*, en tres volúmenes, en colaboración con Leticia Martínez Cárdenas y César Morado Macías.

Hoy, bajo la dirección de Romeo Flores Caballero, Jesús, padre de dos hijos, tiene proyectos de divulgación del acervo que coordina y que reúne casi todo el siglo 20 nuevoleonés. Apunta también que, para su oficio, no es obstáculo trabajar para la esfera gubernamental.

Contario a lo que pudiera pensarse, siempre hay oportunidad de hacer historia a pesar de que éste es un archivo oficial. Me siento pleno como historiador, aunque a veces el problema es el tiempo: hay que atender cuestiones técnicas. Fíjate, siendo que la materia prima del historiador es el tiempo, eso es lo que a veces falta,

sonríe.

Cultiva desde hace 30 años recuperación de archivos

Gustavo Mendoza Lemus²⁹

La perseverancia de gente como Jesús Ávila Ávila ha salvado acervos históricos estatales olvidados entre escobas y trapeadores.

A la par que estudiaba la carrera en Historia, Jesús Ávila Ávila trabajaba como jardinero en la Facultad de Agronomía, en Marín. Con la paciencia de quien cultiva, ha pasado 30 años custodiando y poniendo en orden los archivos municipales de Nuevo León, que en alguna época “compartían espacio con escobas o trapeadores”. “Historias de terror abundan”, expresa el archivista e investigador Jesús Ávila, coordinador del Archivo Administrativo del Estado de Nuevo León. El día de mañana será homenajeado en la Feria Universitaria del Libro UANLeer por sus tres décadas de trayectoria.

¿Cómo llegas a trabajar en los archivos de Nuevo León?

El interés llega cuando yo estudié la licenciatura en historia en la Facultad de Filosofía y Letras, pero además desempeñaba el oficio de jardinero en la Facultad de Agronomía en 1983. Fue a través de Irma Ponce que pude acceder al Archivo General del Estado y a raíz de esta recomendación llegué al archivo, donde inicié esta saga que ya tiene más de 30 años también con el apoyo de Leticia Cárdenas.

²⁹ Entrevista publicada en: *Milenio*, 14 de marzo de 2015. Disponible en línea: <https://www.milenio.com/estados/cultiva-desde-hace-30-anos-recuperacion-de-archivos>.

¿Con qué se encontraban hace 30 años en los municipios?

Junto a Meynardo Vázquez empezamos a trabajar ofreciendo apoyo a los archivos municipales y nos dimos a la tarea de recorrer todo el estado. Eran situaciones de completo abandono para estos depositarios del patrimonio documental, muchas veces compartiendo el espacio entre escobas, trapeadores, era una situación lamentable. Algunas excepciones eran: Montemorelos, Salinas Victoria o Monterrey, con el apoyo del maestro Israel Cavazos.

¿Es labor quijotesca la del archivista?

Al descubrir tantos documentos de valor histórico para nuestro municipio, además del abandono en que se encontraba, fue un incentivo y tomó la importancia de emprender esta empresa. Recuerdo jornadas maratónicas de lunes a lunes, a veces durmiendo en una combi y donde la cena eran unos fritos con refresco. Jornadas memorables, que tienen los ribetes de empresas quijotescas y que compañeros como Agapito Renovato o Eusebio Sáenz emprendieron para mejorar en lo posible los archivos.

¿Cuál es la situación a 30 años?

Podemos decir que hay un antes y después. En ese tiempo nos dimos cuenta que si no establecíamos un instrumento formal donde comprometiéramos a las autoridades, el abandono a los archivos iba ser el cuento de nunca acabar. De esa experiencia vemos que tiempo después, hace unos 10 años, el Conarte empezó a trabajar en los archivos y hoy brinda asesorías a los municipios para la mejora de archivos.

¿Algún documento que recuerdes en especial?

Recuerdo uno puntual de Agualeguas, una estadística de 1854 que es tan puntual porque hacía una descripción de cuántas casas eran de terrado, cuántas de doble piso, cuántas gallinas, era un documento muy detallado, como una fotografía del municipio. También recuerdo los documentos de personajes de la Independencia, como Juan Ignacio Ramón, en Lampazos, o episodios de la Guerra de Reforma o la Revolución en Montemorelos o Linares. Realmente el acervo de Nuevo León es bastante rico en ese aspecto.

Jesús Ávila Ávila. Archivista e historiador

Edmundo Derbez García³⁰

Formado dentro de las primeras generaciones del Colegio de Historia de la UANL, se ha destacado por su labor a favor del desarrollo de archivos y la investigación sobre la historia regional que lo han llevado a publicar libros y presentarse en congresos, seminarios y reuniones nacionales e internacionales. Por su trayectoria de más de 30 años, recibió un homenaje por parte de la universidad en la pasada Feria del Libro.

¿Cuáles son tus orígenes?

Mi familia es de Zacatecas pero emigró a Monterrey cuando mi padre se enganchó como brasero. Él vio que

³⁰ Entrevista publicada en: Memoria Universitaria. Boletín del Centro de Documentación y Archivo Histórico de la UANL, año 6, no. 64, mayo de 2015, pp. 14-21.

Monterrey era una tierra de oportunidad y fue así como llegamos a Monterrey en 1957, yo tenía dos años, éramos ocho hermanos, uno ya había fallecido. Mis padres tenían un tejaban por la calle de Isaac Garza, cerca de la Plaza de la Luz.

¿Tu entorno familiar consideras que te haya marcado?

Mis hermanos mayores, Luis, ya fallecido, y Antonio, que todavía vive, tenían en la casa donde vivíamos una peluquería, la peluquería se llamaba El Gol, era de barrio, tradicional en la colonia Moderna. Yo recuerdo que estaba pequeño, parte de mi trabajo era ofrecer mi servicio como bolero a los clientes y barrer el local. Era común, después de la jornada laboral, a eso de las nueve de la noche más o menos, que se armaran una suerte de tertulias con amigos del barrio, vecinos. Estamos hablando de la décadas de los sesenta. Estaba muy reciente la Revolución cubana, y entonces parte de las discusiones, o parte de lo que se comentaba ahí, era justamente de la Revolución cubana, de la Revolución mexicana y sobre historia.

Uno de los animadores de estas discusiones, junto con mis hermanos, era Fernando Garza, padre de la historiadora Valentina Garza. Se discutía a veces acaloradamente, siempre en un tono amigable. Todo eso lo recuerdo bastante bien. Siento que ahí se fue cultivando un influjo sobre la historia en general. Además, en un viejo radio Motorola, a eso de las 10 u 11 de la noche, sintonizaban Radio Habana Cuba. Y atentos escuchaban aquello. Todo eso a mí me fue marcando. A esa edad tenía unos 5 o 6 años.

¿Qué literatura se leía?

La literatura que ahí leían los clientes era la infaltable revista *Siempre*. Luego, apareció otra revista que se llamó *Sucesos*, además de que para la clientela había una suscripción al periódico *El Porvenir*.

¿Estabas por entrar a la primaria?

Yo nací en 1955. A mí me tocó entrar a la primaria en 1961. Y otra cosa que se me quedó, además de este ambiente en que se debatía y se discutía, fue la algarabía entre 1961 y 1962, en contra de la introducción de los libros de texto gratuitos al sistema escolar básico. Recuerdo que por las tardes, casi a diario, había una campaña muy fuerte y pasaban camionetas con magna voz o perifoneando que los padres de familia deberían de rechazar esos libros. Había avionetas que aventaban volantes.

Todo eso generaba una gran inquietud, particularmente en mis padres. Todo aquello era un ambiente, digamos, nuevo porque mis padres tenían una gran influencia católica; veníamos de tierra de cristeros; mi padre no fallaba semanalmente a la iglesia Cristo Rey, que está sobre Villagrán. Ellos sí pensaban que algo pudiera ocurrir. Recuerdo que llegó a haber algunas pláticas entre mi hermano mayor, Luis, que tenía una actitud más abierta y mi padre, diciéndole que no iba a pasar nada de lo que pregonaban y amenazaba.

¿En la escuela hubo algún maestro que te haya influenciado?

En la secundaria, en primero y segundo año, cuando se dio el conflicto del 68 mexicano, había un maestro, Heriberto Guajardo, por cierto, primo de un alto funcionario de la actual administración federal, que nos daba civismo. En esa clase se comentaba lo que estaba ocurriendo en ese momento, no solamente en el estado, sino en el país, eran auténticos debates, se hablaba del 68, se hablaba de la Revolución. La directora, Ernestina Garza Reyna, que tenía como 90 años, fue también una persona que influyó no nada más en mí, sino en toda la generación de educandos de la Secundaria No. 12, Dr. Gabino Barrera, que estaba en la colonia Juana de Arco, al nororiente de Monterrey, por la avenida Ruiz Cortines y el antiguo camino a Santo Domingo.

Fuimos la primera generación de la secundaria que se inauguró en 1967, fue una secundaria que se hizo desde abajo, de la nada y la directora fue una gran maestra en el sentido pleno de la palabra, fue una suerte de segunda madre. Ella entusiasmó positivamente a toda la comunidad, padres de familia, maestros y alumnos para participar muy activamente en el proceso de construcción de la escuela, para gestionar pupitres y laboratorios ante las autoridades y realizar actividades para que la secundaria fuera un modelo. Además, era una excelente maestra de matemáticas, con ella aprendimos hasta los más renuentes.

Recuerdo también que dentro del grupo, cuando nos preparábamos para las clases de Matemáticas, Inglés o de Historia y Civismo, nos íbamos a estudiar a la casa de otro amigo, y el más brillante en un tema nos explicaba la clase y, para el caso de Historia, quizá por mi aversión a

las Matemáticas, a mí me tocaba ser el mentor en ese modelo de escuela lancasteriana.

En la preparatoria te toca el proceso de cambio de la universidad, ¿Cómo lo viviste?

En la preparatoria fui de la última generación que hizo examen de admisión en 1970. Nos tocó presentar el examen de admisión en la Preparatoria No. 8, por Matamoros, frente a la iglesia de Los Dulce Nombres. Luego se estableció en la universidad el pase automático, y viene después el periodo de transición donde surgen fuertes conflictos, obviamente, la Preparatoria No. 8, como otras escuelas de la universidad jugó un rol protagónico. Ahí nos tocó participar de una manera más activa, sin asumir liderazgo ni mucho menos, como uno más de muchos compañeros que participaron.

En la preparatoria hubo un maestro que tuvo una influencia, no sólo conmigo, sino con otros compañeros, Carlos Jiménez, que tenía una ideológica política muy definida, militaba en el Partido Comunista que en esa época era una corriente política influyente en la universidad, no sólo a nivel estudiantil, sino a nivel sindical y a nivel magisterial. A nosotros, a los 17 años de edad se nos invitaba junto a otros compañeros a hacer círculos de estudio, leíamos textos de orientación marxista.

¿La preparatoria no la abandonaste?

Cuando tenía 17 años en 1972 muere mi padre, entonces, en esa difícil situación familiar digamos que a regañadientes terminé la preparatoria. No obstante que

había la intención de seguir estudiando, tuvimos que entrar a trabajar varios años. Así era en las economías familiares.

Viendo en retrospectiva esa etapa, ¿qué reflexión te deja al final esa etapa de tu vida?

Yo creo que como jóvenes nos tocó vivir todas estas circunstancias de cambio, esa época convulsa de cambio y de alguna manera tratamos de ser congruentes con ella, la vivimos muy intensamente. Sería muy aventurado emitir algún juicio, pero fue una época que de alguna forma nos marcó y que hoy en día, seguimos evocando.

¿Cuándo se abre la posibilidad de ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras?

No fue sino hasta 1978 o 1979 que retomamos los estudios, para esa época se había ya creado el Colegio de Historia, pero seguimos trabajando en algunas fábricas, eran pequeñas factorías, no grandes factorías.

¿Tienes una activa participación en el Colegio de Historia?

Llegamos al Colegio de Historia participando activamente en los encuentros nacionales de estudiantes de historia. Ahí mismo, en el seno de la Facultad de Filosofía en el movimiento contra la alza de cuotas en la universidad. En ese movimiento participaron escuelas como Economía, la Preparatoria No. 8, la Preparatoria No. 9, Biología, pero digamos que ese movimiento, de alguna manera, fue dirigido desde el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Como consecuencia se dio algo que quizá muchos estudiantes desconocen, el sistema de becas que hoy en día tiene la universidad se debe a ese movimiento.

A partir de ahí se creó la posibilidad de que muchos estudiantes pudieran proseguir sus estudios con una beca. También las tarifas preferenciales de estudiantes en las rutas de camiones tienen que ver con los movimientos universitarios de los sesenta y setenta. El movimiento del 69 por la autonomía universitaria, aunque es muy aventurado decirlo, creo que su aliento termina en 1981 en el movimiento contra el alza de cuotas. Ahí se cierra un capítulo que se había abierto a partir de la lucha por la autonomía con muchos episodios en la década de los setenta, finalmente a principios de los ochenta se crea otro modelo de universidad que hasta la fecha prevalece.

En el Colegio de Historia se participaba y se debatía mucho, de pronto parecía que más que estudiar la historia, queríamos hacer la historia. Ahí conocimos a otros compañeros como Meynardo Vázquez Esquivel, a Benjamín Palacios, Rogelio Flores, Marcos Tamez, Antonio Olvera, Humberto Salazar Herrera; aunque algunos estaban en otros colegios, recuerdo que ante un movimiento así, contestatario, en el seno de la universidad, se dio en 1981, en contra del movimiento del alza de cuotas.

¿A qué maestros recuerdas?

Había maestros como Mario Cerutti, Doménico Síndico, Guillermo Beato, Herón Pérez, Mario Pérez, que era maestro de metodología; había una pléyade de buenos maestros. Y todo esto con el activismo docente, no solamente en el activismo sino en las ideas, que nos enriquecían. De pronto las clases con algunos de estos maestros eran parlamentos donde todos participaban y discutían,

¿Cuándo llegas a la facultad eras mayor en relación a los demás compañeros?

Cuando llegué a la facultad, el primer grupo éramos como 40 en el primer semestre; había aquellos que recién acabaron la preparatoria que no llegaban a la veintena de años y hasta aquellos que teníamos más edad. Esa era una amalgama interesante que se daba en el seno del Colegio de Historia, era un grupo heterogéneo.

En lo académico, ¿Cómo estaban los trabajos?

No voy a decir que fui un estudiante ejemplar ni mucho menos, pero la misma planta docente competente nos obligaba a las lecturas, a los trabajos, a tratar de ser buenos estudiantes de historia. Por Mario Pérez y Mario Cerutti nos dimos cuenta de la existencia de los archivos, lo que metodológicamente se llaman fuentes primarias. Con Mario Cerutti y Mario Pérez en la materia de metodología era obligado ir al Archivo del Estado para hacer algún trabajo o alguna ficha metodológica. Para mí el archivo histórico fue un descubrimiento.

¿Antes de trabajar en el Archivo estuviste trabajando en la Facultad de Agronomía?

Un buen amigo que en ese tiempo era subdirector administrativo, José Luis Cantú, nos brindó la oportunidad de trabajar en Agronomía cuando estaba en Marín, N. L., como jardinero y con la expectativa de buscar luego la manera de entrar a trabajar a la biblioteca. Recuerdo que el primer día de labores hasta fiebre me dio, pero yo nunca había hecho trabajo en el campo. El chiste era entrar y ya estaba adentro. Todos los días íbamos a Marín, la flotilla de

camiones de la escuela salían de distintos puntos en la ciudad. Uno tenía que trasladarse al punto donde recogían y ahí nos trasladaban a la facultad para llegar a las siete de la mañana. En ese camión se trasladaban trabajadores y estudiantes de la facultad. Y el retorno era igual, al terminar el turno como a las cinco de la tarde. Esa era la rutina, ir y venir en la semana.

¿Qué labor desarrollaste como jardinero?

Era ayudante de jardinero; nos ponían a limpiar y mantener en buen estado los jardines, a quitar a mano limpia el zacate “gringo”, así le decíamos, un zacate feroz, porque te salen “ampollas”. Recientemente estuve en la Facultad de Agronomía y vi que se conserva una suerte de jardín botánico con plantas de la región, yo me acuerdo que en esa época nos tocaba cuidarlo y conservarlo.

¿Cómo se dio la oportunidad de trabajar en el Archivo del Estado?

En Agronomía faltó un movimiento y me iba a la biblioteca, nos hubiéramos quedado en la universidad, pero no se dio; fue cuando salió la oportunidad del archivo en 1984.

Un día, una entrañable amiga y compañera, Irma Ponce, nos platicó de la posibilidad de laborar en el Archivo General del Estado. Una de nuestras maestras en la facultad era María Eugenia Ramírez España, que además de dar clases de historia de México, era jefa en el Archivo Histórico del Archivo General del Estado. Pero por quien nos enteramos de la oferta de trabajo fue por Irma Ponce. Cuando ya era firme lo del Archivo, como había confianza y amistad con José Luis Cantú en

Agronomía, le comenté. Y dijo: “es próxima la posibilidad de que te pueda abrir la plaza en la biblioteca, pero si tú quieres ir al archivo, adelante”. En buenos términos salimos de la Facultad de Agronomía y así fue como llegamos al Archivo General del Estado que en ese tiempo estaba en Washington y Doctor Coss.

¿Qué labor desarrollaste al inicio?

En el inicio nos tocó trabajar en el área de los archivos municipales, que básicamente se dedicaba al rescate de archivos históricos. En ese tiempo estaba al frente Meynardo Vázquez Esquivel y otro archivista ya fallecido, entrañable amigo y compañero, Agapito Renovato Zavala y después Eusebio Sáenz. Gracias a eso descubrí Nuevo León porque el trabajo consistía en recorrer la geografía política del Estado, desde Lampazos hasta Doctor Arroyo. Nos íbamos días y a veces hasta semanas trabajando en la organización y clasificación del archivo. De hecho, cuando entré al Archivo había dos personas que me llevaron de la mano, y no nada más a mí, a todos, ellos fueron Agapito Renovato Zavala y Eusebio Sáenz.

Este trabajo era un área de apoyo y asesoría permanente que tenía el archivo, y por ahí pasamos varios compañeros como Meynardo Vázquez, César Morado Macías, Juan Gregorio García, Margarito Reyes, en fin. La directora era Leticia Martínez Cárdenas. Ella fue primero mi jefa y luego entrañable amiga, aún después de que salió del Archivo en 2001, mantuvimos la comunicación, además de que trabajamos en algunos proyectos no solamente de carácter archivístico, sino de carácter histórico.

En cuanto a la investigación, ¿cuándo incursionar en la investigación?

Si bien es cierto que en 1974 se crea el Colegio de Historia, y de ahí una plataforma para la profesionalización de los historiadores, cuando Leticia Martínez Cárdenas llega al archivo crea un área de investigación, algo inusual; entonces establece una relación entre el Colegio de Historia y el archivo, me acuerdo que los compañeros tomaban clases hasta las once de la mañana en la facultad y luego se trasladaban al Archivo General del Estado para cumplir la jornada hasta las tres de la tarde. Incluso, se tocaban temas de historia regional que en el colegio mismo no se abordaban, eso empezó a darle otro giro a la labor investigativa porque el archivo, sin ser un centro académico, empezó a hacer investigación, a publicar, a difundir, a hacer seminarios de historia.

El archivo comenzó a tener un papel y un rol social muy interesante en lo que se refiere a la difusión de la historia, y esto se hizo con Leticia Martínez Cárdenas que lamentablemente falleció, pero algún día se habrá de reconocer el trabajo que realizó al frente del Archivo durante 21 años. A nosotros nos tocó la fortuna de ser parte de ese esfuerzo junto a compañeros como Héctor Jaime Treviño Villarreal, Antonio Olvera Sandoval, Meynardo Vázquez Esquivel, Daniel Sifuentes, Carmen Jiménez, Irma Ponce, César Morado Macías, todos ellos con formación en el Colegio de Historia.

¿Cuáles son los temas que en particular te han interesado?

Por ejemplo, la Guerra México-EEUU entre 1846 y 1848, es un tema que siempre estuvo latente; en el Archivo se dio la oportunidad de que se publicara una obra que quizá

tenga muchas cosas que cuestionar si se revisa 10 años después. Lo interesante de esta obra es que Leticia Martínez, César Morado y un servidor, levantamos tres mil registros documentales sobre la guerra pensando que no había mucha documentación de la época; nos dimos cuenta a partir de este trabajo que hay una masa documental enorme. Otro tema que nos llamó la atención fue la Revolución mexicana. Nos tocó la oportunidad de colaborar en la investigación y edición del *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana* junto a Mario Treviño, Héctor Jaime Treviño y César Morado, bajo la coordinación de Leticia Martínez Cárdenas.

Otro tema que siempre nos ha interesado es la década de los sesenta; tuvimos la oportunidad de reflexionar sobre esta época a partir de la incursión de los libros de texto gratuitos, y recientemente, sobre un personaje local que tuvo una trascendencia general como fue Santiago Vidaurri; nos tocó participar en la obra *Santiago Vidaurri: la formación de un liderazgo regional desde Monterrey (1809-1867)*, enmarcado en el siglo XIX, en el proceso de formación del estado y el conflicto no resuelto del estado *versus* región.

¿En este sentido son trabajos revisionistas?

Sí, yo creo que con relación a la Guerra México-EEUU y el siglo XIX, particularmente con Santiago Vidaurri y su contexto comenzó un movimiento historiográfico revisionista a partir de la década de los noventa, de modo que el conocimiento que tenemos es mayor que el que había de 1848 a 1998. Y sobre Vidaurri podemos decir lo mismo, desde la publicación del trabajo de Mario Cerutti, Economía de guerra y poder regional se han publicado

catálogos, libros y siguen apareciendo obras, pero hacia 2006 y 2007 con la mera insinuación de que estábamos trabajando el personaje, tanto a Leticia Martínez, a César Morado Macías y a un servidor nos habían quemado por la prensa. En ese sentido pensamos que hemos contribuido a revisar algunos acontecimientos locales que era necesario hacer.

¿En el futuro que temas te gustaría abordar?

Estoy pensando en el siglo XX, particularmente del periodo de los cuarenta a los setenta, hay un vacío que existe. Los sesenta es una década bastante interesante. Héctor Jaime Treviño Villarreal ha planteado a los historiadores dedicarnos a la historia contemporánea. Falta mucho por seguirnos ocupando de la historia colonial o del siglo XIX y de la Revolución, pero mucho más falta por hacer en el siglo XX, sobre todo en la reflexión no sólo política, sino culturalmente, ver en qué medida las rupturas nos han marcado hasta nuestros días. Pienso que es un periodo que se debe documentar, que se debe historiar.

De pronto nos damos cuenta de que hay temas como el de los braceros, una población flotante en la ciudad mientras se enganchaban a trabajar en los campos agrícolas de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y durante la guerra de Corea. Son temas que están ahí. A mí en lo particular me interesan los sesenta, pero hay que abrir la banda del tiempo desde los cuarenta hasta los setenta. Es difícil que nos alcance el tiempo, pero ahí está la intención.

Alistan congreso por los 30 años del cierre de la Fundidora

Gustavo Mendoza Lemus³¹

De cara a la conmemoración por los 30 años del cierre de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, un grupo de investigadores ya prepara un congreso donde se abordará desde los orígenes de la acerera hasta su papel actual como un parque público. La serie de charlas se realizarán los días 9 y 10 de mayo –fecha oficial del cierre de la empresa–, teniendo como sede el Parque Fundidora. Instituciones como el Archivo General del Estado de Nuevo León (AGENL), el Archivo Fundidora, la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, el Centro Empresarial de Nuevo León y el Colegio de la Frontera Norte participarán en el evento denominado tentativamente como Fundidora Monterrey: de fábrica ciudad a museo de sitio.

"Se trata de una conmemoración por el cierre de la acerera, no de un festejo. Quisimos no dejar desapercibida tan importante fecha", refirió Jesús Ávila Ávila, coordinador del Archivos Contemporáneos del AGENL.

Fundada en 1900, se le considera como la primera industria de Nuevo León, aunque los esfuerzos de las primeras fábricas de textiles vienen desde mediados del siglo XIX. Considerada como la primera siderúrgica de América Latina, fue declarada en quiebra el 9 de mayo de 1986, cerrando definitivamente un día después. En 2001 es declarado como Museo de Sitio de Arqueología Industrial.

³¹ Nota publicada en: *Milenio*, 4 de febrero de 2016. Monterrey, México, p. 18 (sección: Metrópoli).

El encuentro tendrá como objetivo analizar el pasado de la acerera, pero situar cómo continúa siendo parte de la sociedad regiomontana actual. Estimaciones del Parque Fundidora consideran que cada fin de semana acuden más de 100 mil visitantes a las instalaciones. Dentro de las actividades se contempla brindar un homenaje a ex trabajadores de la Fundidora, los cuales todavía forman vínculos emocionales con el que fuera su lugar de trabajo.

Muere guardián del Archivo estatal

Daniel de la Fuente³²

Jesús Ávila Ávila, historiador y coordinador de acervos contemporáneos e históricos del Archivo General del Estado de Nuevo León, falleció hoy en la madrugada debido a complicaciones por Covid-19. Tenía 65 años y le sobreviven su esposa María de la Luz González y sus hijos Axel y Jeber.

Nacido el 23 de marzo de 1955 en Zacatecas, egresó de la licenciatura en historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y desde 1984 trabajó en el Archivo General del Estado, precisamente el año en que fue inaugurada su sede en la Gran Plaza, en Juan Ignacio Ramón y Zaragoza. Estas instalaciones fueron abandonadas debido al deterioro, por lo que el acervo está en resguardo hasta que se construya una nueva sede en lo que antes fue el Penal del Topo Chico.

Honesto, entusiasta y generoso, Ávila fue una figura que por décadas atendió y orientó a estudiantes, historiadores,

³² Nota publicada en: *El Norte*, 8 de enero de 2021. Monterrey, México, p. 1 (sección: Vida).

investigadores, periodistas y público en general en el Archivo. Miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, también se dedicó a la investigación: su primer libro fue *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*. Coautor del *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana* (1991); *Apuntes para la historia de Lampazos* (1996), Santiago Vidaurri: la construcción de un liderazgo regional desde Monterrey (2013); *La guerra México-Estados Unidos: su impacto en Nuevo León* (2003) y del catálogo *Papeles que hablan de la guerra. 3 Tomos* (2009). Su más reciente libro fue *Apodaca, cuatro siglos de Historia* (2020).

César Morado, con más de 30 años de amistad, escribió en redes sociales:

Se hacía llamar 'El ultimo lipan' para significar su empatía con los pueblos originarios de la región. En su juventud, además de escuchar los Rolling Stones le dio por secundar la utopía comunista y abandonó las calles de la Colonia Moderna para recorrer las de Moscú y otras capitales del bloque socialista. Luego se refugió en la historia y en los archivos (...)

Como historiador forjado en la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL se especializó en la historia de las relaciones laborales, el impacto en Nuevo León de la guerra México- Estados Unidos y la participación política de Santiago Vidaurri, huella que dejó en artículos, revistas y libros colectivos.

Trabajó activamente en la Sociedad Nuevoleonesa de Historia desde los años ochenta. Amante del desierto y de los corridos, de Sabina y Lampazos.

Ahora cabalga en su 'siete leguas imaginario' por nuevas rutas del mezquite.

En el 2015, la UANL le brindó un homenaje a Ávila en el que participaron el Cronista de Monterrey Israel Cavazos Garza, María Zebadúa y César Morado. Ahí, el historiador dijo:

Cuando algún colega me ha cuestionado cómo nació nuestro interés por la historia, respondo que en la muy temprana niñez; la escuela primaria a la que asistía, profesora Delfina L. Flores, en la Colonia Moderna, al nororiente de Monterrey, donde degusté los patrióticos desayunos escolares por veinte centavos de los de cobre; la escuela, el barrio donde vivía y nuestros padres, fuimos sacudidos por la estridente campaña demagógica orquestada en contra de los libros de texto gratuito.

Los nobles propósitos del régimen lopezmateísta por intentar abatir el rezago educacional, con especial dedicatoria a la niñez de escasos recursos, se toparon de pronto con una singular atalaya montada en contra de lo que círculos prominentes conservadores consideraron como un gradual proceso de bolchevización de la niñez. Este acontecimiento quedó grabado en mi memoria y muchos años después escribí a propósito: ¡En Manos Libres, Siempre Libros!.

La directora de la Facultad de Filosofía y Letras Ludivina Cantú lamentó también el fallecimiento del historiador:

Un historiador muy serio en su trabajo de investigación, muy reconocido por sus colegas y muy querido por estudiantes y profesores de historia. Un hombre cuya ideología buscaba el bien común, de izquierda, solidario y generoso, prudente y mesurado, siempre respetuoso en su afable trato para con los demás. Líder moral de nuestros jóvenes historiadores.

Fallece el archivista e investigador Jesús Ávila

Gustavo Mendoza Lemus³³

El coordinador de los Archivos Administrativos en el Archivo General de Nuevo León dedicó más de 30 años a la salvaguarda de los documentos históricos en la entidad.

El archivista e investigador Jesús Ávila falleció la madrugada del viernes a la edad de 65 años, tras padecer el virus de covid-19. El coordinador de los Archivos Administrativos en el Archivo General del Estado (AGENL), dedicó más de 30 años a la salvaguarda de los documentos históricos en la entidad. En una entrevista ofrecida a MILENIO Monterrey en 2015, recordó los tiempos en que los archivos municipales de Nuevo León compartían espacio “con escobas y trapeadores”.

Ávila participó en los cuatro traslados que el AGENL ha tenido en las últimas décadas, al estar presente en la inauguración de la sede en Juan Ignacio Ramón y Zaragoza en 1984. El director del AGENL,

³³ Nota publicada en: *Milenio*, 8 de enero de 2021. Disponible en línea: <https://www.milenio.com/cultura/fallece-covid-archivista-investigador-jesus-avila>.

Héctor Jaime Treviño Villarreal, lo recordó como un “defensor acérrimo de los archivos”, al participar en el rescate del archivo Fundidora, así como del Poder Judicial, que supo preservar aún con la orden de deshacerse de los documentos.

Durante su etapa como coordinador de los Archivos Administrativos fue un docente para numerosos jóvenes historiadores que ahí hicieron sus prácticas profesionales, o bien, iniciaron su carrera laboral. En la entrevista que ofreció a este diario, recordó cómo en sus inicios al estudiar la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras laboraba como jardinero en la Facultad de Agronomía, en Marín.

Recuerdo jornadas maratónicas de lunes a lunes, a veces durmiendo en una combi y donde la cena eran unos fritos con refresco. Jornadas memorables, que tienen los ribetes de empresas quijotescas y que compañeros como Agapito Renovato o Eusebio Sáenz emprendieron para mejorar en lo posible los archivos (municipales),

comentó en aquella ocasión. También se destacó como investigador y textos suyos aparecen en el *Diccionario Biográfico de la Revolución Mexicana en Nuevo León, Cuadernos del Archivo*, entre otros.

En octubre recibió un reconocimiento del AGENL por su apoyo en el traslado de documentos a la nueva sede, ubicada en la colonia Linda Vista. Los servicios funerarios serán este sábado 9 de enero, a partir de las 9:00 en las Capillas del Carmen. A las 13.00 habrá la misa de cuerpo presente, con transmisión por la cuenta Facebook de las capillas.

Deja legado en la historia

Daniel de la Fuente³⁴

Reconocido por su trayectoria en el Archivo General de Nuevo León, recuerdan al investigador Jesús Ávila fallecido el viernes a los 65 años por Covid.

Historiadores y especialistas evocaron el trabajo que realizó durante más de tres décadas en favor del Archivo General del Estado y del análisis del pasado de Nuevo León el investigador Jesús Ávila, fallecido el viernes. El historiador y coordinador de acervos contemporáneos e históricos del Archivo falleció por complicaciones derivadas del Covid-19. Tenía 65 años y le sobreviven su esposa María de la Luz González y sus hijos Axel y Jeber. Nacido el 23 de marzo de 1955 en Zacatecas, egresó de la licenciatura en historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL y trabajó en el acervo estatal desde 1984, año en que fue inaugurada su sede en la Gran Plaza, en Juan Ignacio Ramón y Zaragoza, la cual dejó de funcionar para alistar su mudanza a lo que fue el Penal del Topo Chico.

Asociaciones como la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística, de la que fue miembro; el Colegio de Cronistas e Historiadores de Nuevo León Israel Cavazos, así como el Archivo General de la Nación y los acervos locales, lamentaron el fallecimiento de Ávila, cuyo primer libro fue *A cada cual lo suyo. Junta de Conciliación, 1906-1924*. Ávila fue coautor del *Diccionario*

³⁴ Nota publicada en: *El Norte*, 10 de enero de 2021. Monterrey, México, p. 5 (sección: Vida).

histórico y biográfico de la Revolución Mexicana (1991); *Apuntes para la historia de Lampazos* (1996), *Santiago Vidaurri: la construcción de un liderazgo regional desde Monterrey* (2013); *La guerra México-Estados Unidos: su impacto en Nuevo León* (2003) y del catálogo en tres tomos *Papeles que hablan de la guerra* (2009). Su más reciente libro fue *Apodaca, cuatro siglos de historia* (2020).

“Realizó trabajos de catalogación y gracias a su trayectoria obtuvo el máximo reconocimiento que se otorga en México a los archivistas: la Mención Nacional al Mérito Archivístico que otorga el Archivo General de la Nación”, recordó en redes sociales el historiador César Morado, con quien tuvo más de 30 años de amistad. La directora de la Facultad de Filosofía y Letras, Ludivina Cantú lamentó también el fallecimiento del historiador.

Un historiador muy serio en su trabajo de investigación, muy reconocido por sus colegas y muy querido por estudiantes y profesores de historia. Un hombre cuya ideología buscaba el bien común, de izquierda, solidario y generoso, prudente y mesurado, siempre respetuoso en su afable trato para con los demás. Líder moral de nuestros jóvenes historiadores.

En el 2015, la UANL le brindó un homenaje en el que participaron el Cronista de Monterrey Israel Cavazos, María Zebadúa y César Morado. El cronista Carlos González Rodríguez dijo que propondrá que el Colegio de Cronistas e Historiadores de Nuevo León Israel Cavazos acuñe un reconocimiento al mérito archivístico con el nombre de Ávila. “Debemos mantener presente en la memoria su esfuerzo de tantos años, su gran entrega”.

4. ANEXO FOTOGRÁFICO

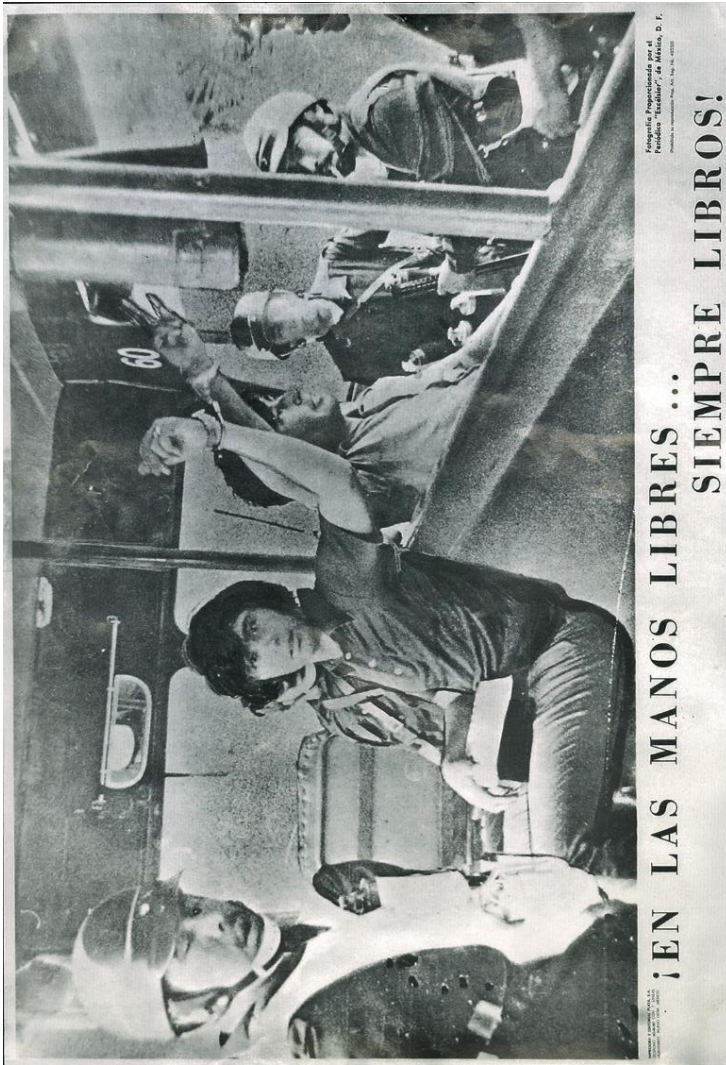


Imagen 1. Jesús Ávila, detenido por la policía de Monterrey durante el movimiento estudiantil de los años setenta “ ¡En las manos libres... siempre libros!” Fotografía del periódico Excelsior.



Imagen 2. Jesús Ávila y la compañera de su vida: Lucy González Urbano.



I Imagen 3. Jesús Ávila en su oficina del Archivo General de Nuevo León, dialogando con su colega y amigo Alberto Casillas.



Imagen 4. Jesús Ávila con sus colegas: Oscar Tamez, Lucdivina Cantú y Héctor Jaime Treviño en las instalaciones del Colegio Civil de la UANL.



Imagen 5. Jesús Ávila en las instalaciones del Horno 3 de la Fundidora Monterrey.



Imagen 6. Con César Morado del Archivo General de Nuevo León, Mercedes de Vega directora del Archivo General de la Nación y Margarita Domínguez del Archivo Municipal de Monterrey.



Imagen 7. Amigos de la izquierda regiomentana: Luis Lauro Garza, Jesús Ávila, Benjamín Palacios, Ricardo Morales Pinal, Lylia Palacios, Jesús Ibarra, Meynardo Vázquez, Abraham Nuncio.



Imagen 8. Con colegas archivistas de muchos años: Alberto Casillas, Juan Gregorio Jarcia, Jesús Ávila, Agapito Tovar, Oscar Lozano y María Luisa Suarez.



Imagen 9. Conviviendo con los miembros del Comité Organizador del Congreso sobre Patrimonio Industrial del que formaba parte desde 2007.



Imagen 10. Con sus colegas Alberto Casillas y Jacobo Castillo en la Escuela Adolfo Prieto..



Imagen 11. En la presentación del libro alusivo a la Historia de la Prepa 8 de la UANL de la que Jesús Ávila era orgullosos egresado.



Imagen 12. En la presentación del libro sobre Juan N. de la Garza Evia: Héctor Franco, Jesús Ávila, Cristina González, Alberto Garza Evia, Elena Hertz y Cesar Morado.



Imagen 13. Recibiendo de José Garza, Secretario de Cultura de la UANL un reconocimiento a su trayectoria como historiador, 2015.



Imagen 14. Conviendo con colegas en el Museo de Historia Mexicana: Amhed Valtier, Armando Leal Ríos, Miguel González, Pablo Ramos, Blanca Ramos, Pablo Muñoz, Jesús Ávila, Margarita Domínguez y Jacinto Oviedo.



Imagen 15. Con su esposa Lucy González y su sobrino Andrés González.



Imagen 16. En el acervo de la Biblioteca del Archivo General de Nuevo León.



Imagen 17. En los tradicionales desayunos mensuales en el restaurante del Hotel Ancira con Cesar Morado e Israel Cavazos



Imagen 18. Con colegas entrañables en el Museo de Historia Mexicana: Blanca Muñoz, Francisco Rodríguez, Joaquín Rivaya y Jesús Ávila.



Imagen 19. Foto oficial para el Homenaje a Jesús Ávila por la UANL en 2015.



Imagen 20. En el evento de Homenaje al historiador José Reséndiz, exdirector de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL.



Imagen 21. Recibiendo un reconocimiento de manos de Maribel Flores por los cursos de capacitación a colegas archivistas del Gobierno de Nuevo León.



Imagen 22. Como parte del equipo de trabajo para la redacción de una Ley de Archivos para el Estado de Nuevo León que finalmente se aprobaría en 2019.



Imagen 23. En el último evento público de su vida: Presentación del libro *Construyendo la región* junto a Iván Espinoza y Claudia Domínguez y César Morado. Monterrey, 20 de octubre del 2020 transmitido en forma virtual por la página de face de Cultura UANL.

eón, 19 de junio d

El Archivo General de la Nación comparte el dolor que invade a la comunidad archivística del país por el lamentable fallecimiento de

Jesús Ávila Ávila

Historiador, archivista y coordinador de acervos contemporáneos e históricos del Archivo General del Estado de Nuevo León.

Descanse en paz

Ciudad de México, a 08 de enero de 2021

GOBIERNO DE MÉXICO

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

f i g gov.mx/agn

Imagen 24. Esquela del Archivo General de la Nación participando el deceso de Jesús Ávila, 8 de enero del 2021.

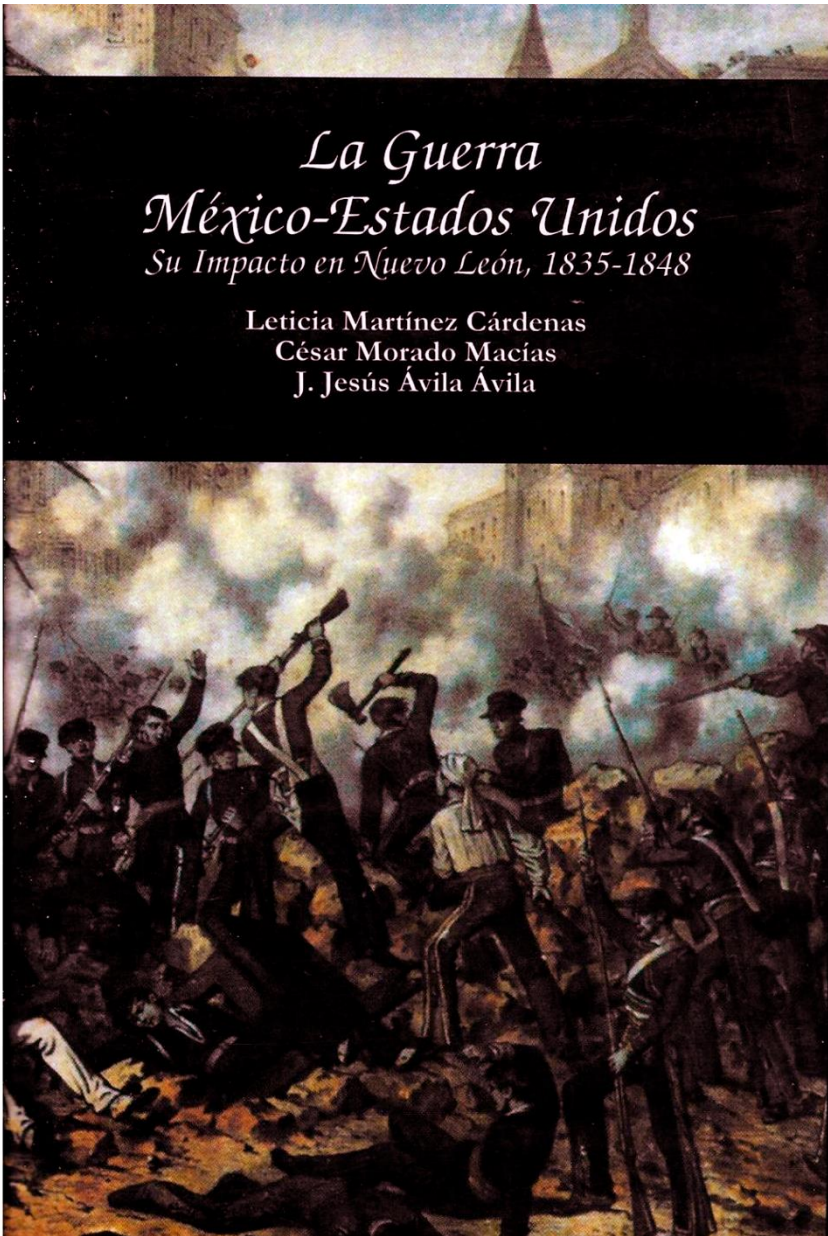


Imagen 25. Libro en que participa como coautor publicado en 2003 por el Senado de la Republica de México.

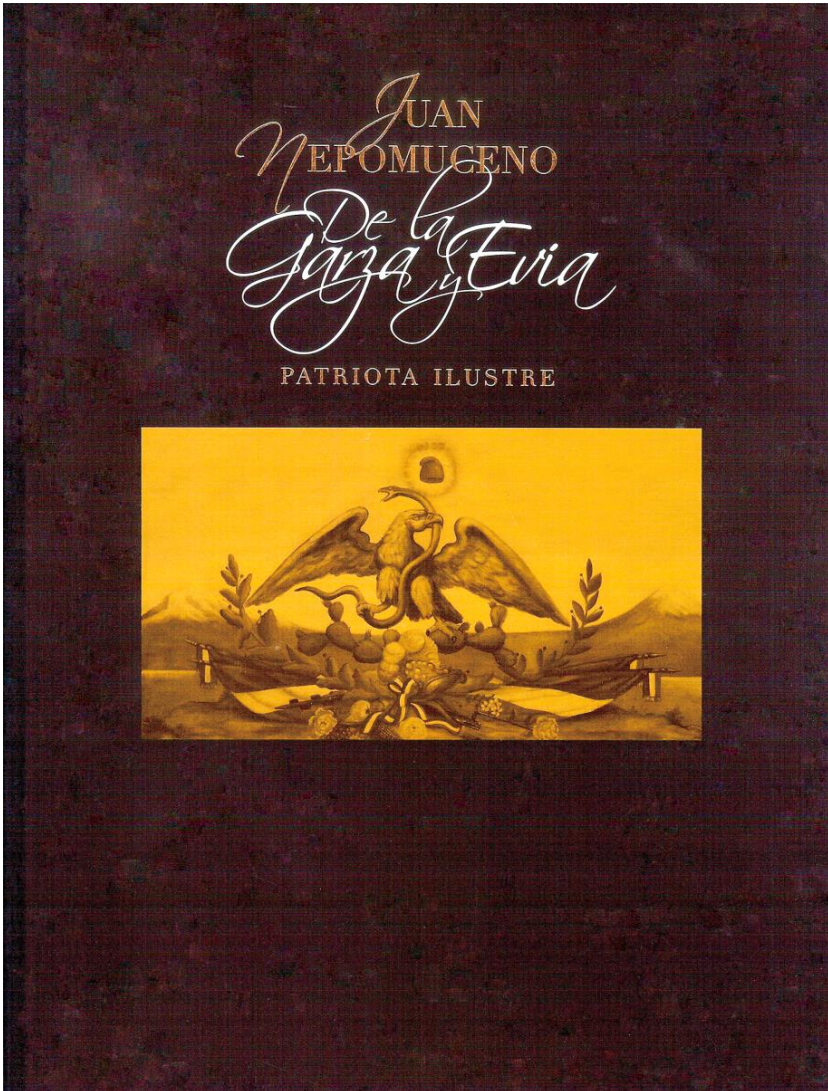
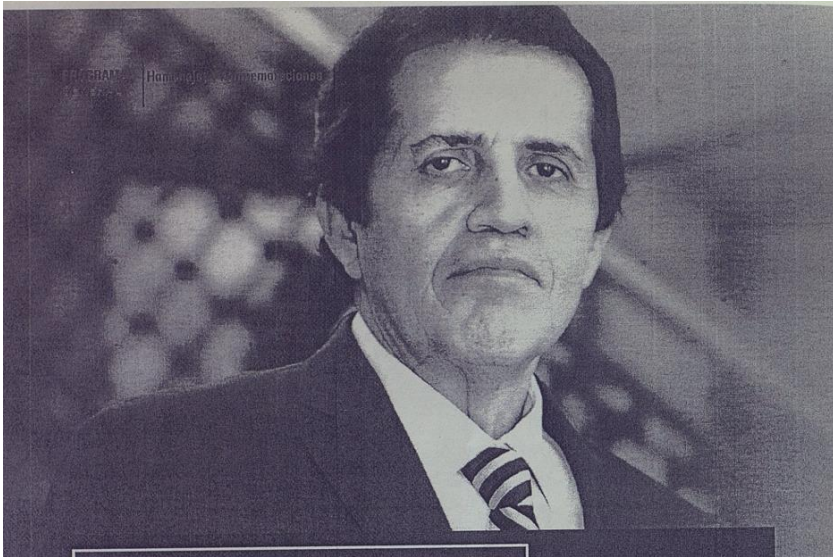


Imagen 26. Libro en que participo como coautor en 2017 alusivo a la trayectoria de Juan N. de la Garza Evia.



Imagen 27 Con Carlos Ruiz Abreu director del Archivo General de la Nación en 2018.



FERIBAM | Homenajes y conmemoraciones

JESÚS ÁVILA ÁVILA

Desde hace 30 años es jefe de la Coordinación de Archivos Administrativos y/o Contemporáneos del Archivo General del Estado de Nuevo León. Forma parte de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, Geografía y Estadística desde 1987. Ha participado en congresos, seminarios y reuniones nacionales e internacionales con ponencias sobre Historia Regional y Desarrollo de Archivos desde 1984.

DOMINGO | 15
© 11:00 hrs 📍 Sala Zertuche

HOMENAJE
PRESENTAN: MARÍA ZABADÚA,
ISRAEL CAVAZOS Y CÉSAR
MORADO MACÍAS

Tres de los historiadores más importantes de Nuevo León se reunirán en una sola mesa para rendirle un homenaje a Jesús Ávila Ávila.

HOMENAJES Y CONMEMORACIONES

UANLeer®
FERIA UNIVERSITARIA DEL LIBRO
2015

Imagen 28 Invitación al Homenaje rendido por la UANL en 2015.



Imagen 29 Posando en la cima del Horno 3 de la extinta Fundidora Monterrey.



Imagen 30 Exponiendo en el Primer Congreso sobre Patrimonio Industrial de Monterrey en 2007.



Imagen 31 Presentado el libro sobre los Sindicatos Independientes en que fue coautor.



Imagen 32 Foto de boda de Jesús Ávila y Lucy González en 1987.

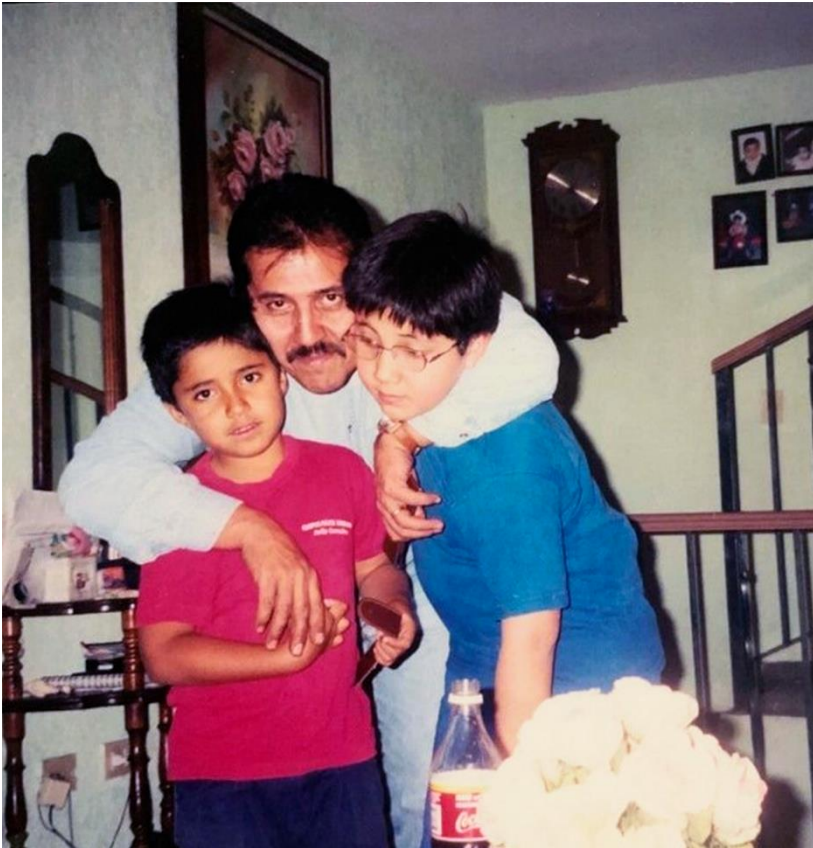


Imagen 33 Jesús Ávila abrazando a sus hijos Axel Ivan y Heber Adriel Ávila González.



Imagen 34 El historiador Jesús Ávila alias “El ultimo lipan” resguardado por la pandemia de Covid en su casa de las cumbres junto a sus nieto realizando el clásico saludo que acostumbraba.



Imagen 35 El historiador Jesús Ávila junto a su familia, 2020.

Editorial Bajo la Higuera
Colección: Memoria del Noreste

1. El Patrimonio histórico documental de Nuevo León.
César Morado Macías.
2. Transacciones económicas en Monterrey, 1856-1865.
Síntesis de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
3. Capital comercial entre la República y el Imperio,
1866-1870. Síntesis de las escrituras del notario
Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
4. Aspectos económicos del Monterrey preindustrial,
1871-1883. Síntesis de las escrituras del notario
Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
5. Del ferrocarril a las metalúrgicas, 1884-1890. Síntesis
de las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
6. Auge industrial de Monterrey, 1891-1894. Síntesis de
las escrituras del notario Tomás Pacheco.
Ma. Magdalena Álvarez Hernández.
7. Tesoros de la Sierra Madre. Guía de los acervos
históricos del Archivo General de Nuevo León.
César Morado Macías.

8. Desde la cantera: Comentarios a las tesis sobre Historia presentadas en la FFYL de la UANL, 1981-2019.

César Morado Macías y César Herrera.

9. Durante la República Restaurada: Catálogo del Periódico Oficial de Nuevo León, 1870-1875.

César Herrera y Osvaldo Aguilar.

10. Recuperando la memoria. Batalla de Monterrey (1846). Documentos e interpretaciones.

César Morado y Pablo Ramos (Coords.).

11. Perfil de Jesús Ávila Ávila. Archivista e historiador mexicano

Emilio Machuca Vega.

Se terminó de imprimir en la
ciudad de Monterrey, Nuevo
León, México el mes de
noviembre de 2021. Cuidado de
la edición a cargo de los
autores. Revisión de textos del
M.C. Francisco Ruiz Solís del
Centro de Estudios
Humanísticos. Diseño de
portada e interiores Concepción
Martínez Morales.

